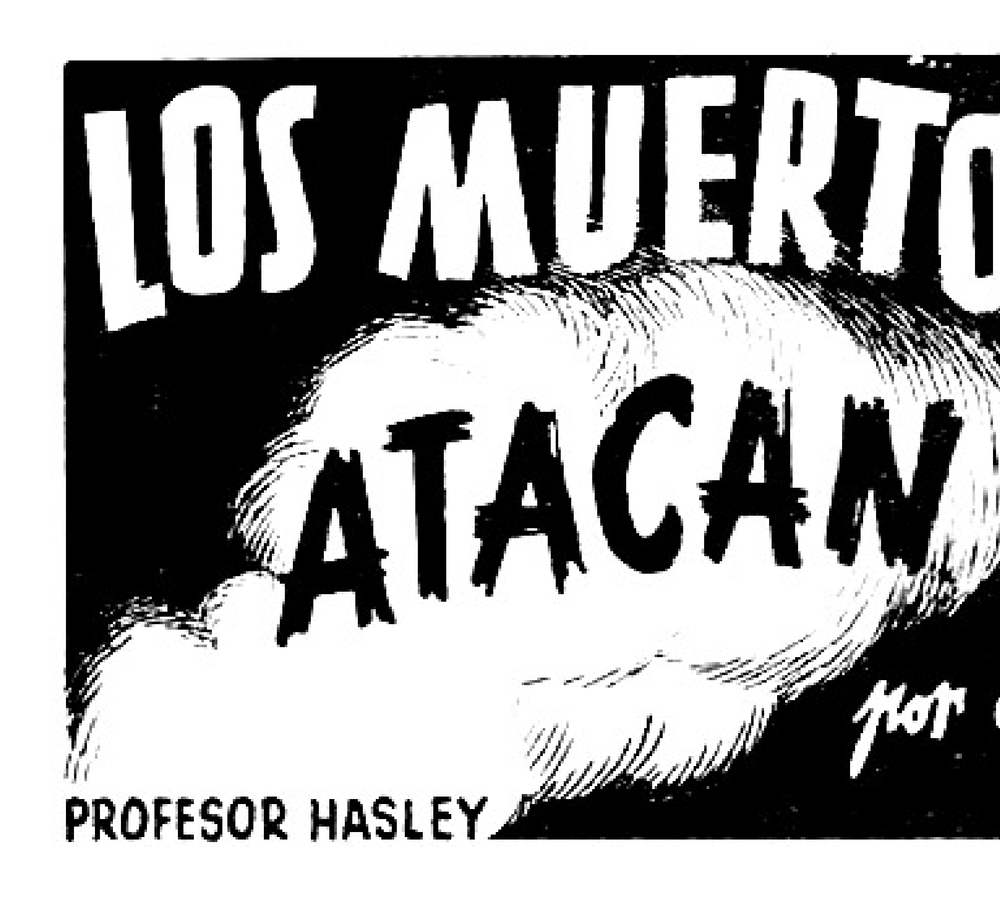

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
Los MUERTOS
ATACAN
por el PROFESOR HASLEY


PROFESOR HASLEY
LOS MUERTOS ATACAN
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

DEPOSITO LEGAL. V. –530. – 1958.
PRINTED IN SPAIN
TIP. ARTISTICA – VALENCIA

LOS MUERTOS ATACAN



CAPITULO PRIMERO

Los tres hombres mostraban en sus rostros las huellas del cansancio.

Durante las últimas cuarenta horas no se habían tomado ni un solo momento de descanso y sus cinco sentidos estaban pendientes de los instrumentos que manejaban.

Pero no era tan grande su cansancio como el profundo asco que sentían ante lo que estaban viendo.

Los tres eran hombres de formidable temple y hechos a la dura vida de las armas, pero se sentían abatidos y jamás hubiesen podido

sospechar que la misión que se les encargara dos días antes iba a tener aquellas características.

—Es difícil soportar esto impasiblemente— murmuró Bendy Dorsey, sin que sus ojos se apartaran de los instrumentos de registro que tenía bajo sus ojos.

Alan Bewster, el jefe de aquel esforzado grupo, miró a su segundo pero no contestó nada.

También para este hombre de anchas espaldas y frente despejada resultaba una dosis muy fuerte todo aquello. Las ideas se agolpaban en su mente y una serie de confusos sentimientos aprisionaban su corazón.

Como jefe del «Grupo-C» de satélites artificiales, había recibido la orden de volar alrededor de la Tierra y comunicar sin interrupción con el Alto Mando, para transmitir cuanto vieran sus ojos por medio de los poderosos instrumentos que poseía su aparato.

Siendo un militar que conoce el valor de la disciplina se había abstenido de hacer ninguna pregunta sobre la orden, limitándose a tomar las previsiones necesarias para el cumplimiento de aquella misión.

El año mil novecientos ochenta y cuatro no había sido muy agradable para la vida de los terrestres. La insostenible tensión entre las Potencias Occidentales y el Bloque Oriental había subido de punto, al extremo de temerse a cada instante una terrible conflagración.

La Humanidad entera se sentía sobrecogida por la inminencia del peligro y los movimientos políticos y diplomáticos de los estadistas eran a cada instante más arriesgados.

Los últimos años de la carrera de armamentos habían sido una desenfrenada lucha por conseguir la máxima potencia y los valores espirituales se habían ido relajando, para dar paso a una filosofía de la fuerza. Los más ponderados hombres de estado habían sido desplazados por individuos audaces, aventureros de la política, cuya única finalidad era saciar su sed de poder y de riqueza.

Una propaganda desmesurada, por parte de los dos bloques que se enfrentaban, había creado este clima que atenazaba el corazón de todos los hombres y que, enloqueciéndolos, les hacía caminar rápidamente hacia el suicidio colectivo.

Igual que en la Edad Media, las reservas espirituales y religiosas del mundo se habían refugiado en pequeños grupos que aún eran conscientes del significado de la palabra cristiano y cuya voz y ejemplo apenas era escuchada por el resto de los mortales.

En estas circunstancias se había producido lo que tanto temieran todos y de lo cual eran testigos Alan y Bendy en aquellos instantes.

La política de «quien da primero da dos veces», se había transformado en la de «quien dé primero será el único que dé».

Los grandes adelantos técnicos habían desarrollado el potencial destructor de los dos bloques hasta un punto tal que podía considerarse, con relativa razón, que aquel que golpease primero conseguiría destruir totalmente a su adversario en el corto espacio de algunas horas.

Semejante estrategia acababa de ser puesta en práctica por el grupo que formaban las Potencias Occidentales, adelantándose a lo que era seguro propósito del Bloque Oriental.

De semejante actitud y sus consecuencias tenían buena y terrible prueba los hombres que tripulaban aquella nave del espacio, perteneciente al «Grupo-C» de satélites artificiales.

—Iniciamos la vuelta 42 en el punto cero —dijo Buck, jefe de máquinas del satélite.

—Ahora veremos con detalle toda la parte de Asia—contestó Alan.

—¿Sacamos fotos continuas?—preguntó Bendy.

—Lo haremos aunque no creo que sea necesario. A juzgar por lo que hemos visto hasta ahora, pocas cosas habrán escapado.

—¡Ojalá no hubiesen visto mis ojos esto nunca!—exclamó Bendy.

Alan se mordió la lengua para no contestar. Era el jefe de aquel grupo y no quería llevar la desmoralización a sus hombres. Tenían que cumplir una misión y la cumplirían a pesar de todo. Sin embargo, sentía una profunda repugnancia por todo cuanto estaba viendo.

Cierto que la disyuntiva era matar o morir, pero lamentaba que el ser humano se hubiese colocado en semejante dilema.

Las palabras del Maestro habían sido desoídas una vez más por los hombres. La ambición y el odio se habían adueñado del mundo, como se adueñaran en otros tiempos de los pueblos bíblicos a los que Dios había tenido que castigar.

Quizá lo que sucedía ahora era también un castigo del Cielo.

—En este momento entramos en el objetivo —informó Buck.

—¿Qué velocidad llevamos?—preguntó Alan.

—Cincuenta y dos mil kilómetros a la hora —fue la respuesta.

—Altura.

—Dos mil kilómetros.

—Conecta la pantalla micro-telescópica, Buck.

El hombre hizo le que se le indicaba y una pantalla de curva superficie quedó iluminada por una suave luz fosforescente.

—¿Qué línea vamos a seguir, Bendy?

—La del meridiano ciento diez—contestó Bendy, tras consultar brevemente sus instrumentos—. Ello nos permitirá ver las más importantes ciudades de China y dar una pasada sobre las bases enemigas en el Polo Norte.

Alan consultó una carta geográfica y pudo precisar con exactitud la ruta de su periplo alrededor de la Tierra,

—Mapa de sombras para el meridiano ciento diez, Buck.

El jefe de máquinas tocó a un pequeño conmutador y una pantalla auxiliar quedó iluminada con una luz lechosa.

—Preparado—dijo Buck.

—Primera proyección—ordenó Alan.

Buck pulsó un botón y en la pantalla apareció una mancha irregular de un negro intenso.

Alan la observó detenidamente durante unos segundos, hasta que escuchó la voz de Bendy.

—A la vista la primera ciudad—dijo el aludido.

Un montón informe de ruinas apareció ante los ojos de los dos hombres. Aquello eran los restos de una importante ciudad, a juzgar por la extensión que ocupaban sobre la desolada tierra.

Ni un solo edificio había quedado en pie y ni un solo ser vivo se movía sobre el dantesco paisaje.

Una gran nube radioactiva se cernía sobre aquel sitio y hubiera ocultado la ciudad a la vista de los tripulantes del satélite artificial, a no ser por el auxilio de la delicada pantalla micro-telescópica.

—No hay ningún ser humano capaz de reconocer ese sitio a simple vista—rezongó Bendy.

—Proyecta en sombras—ordenó Alan a su fastidiado amigo.

Bendy dio media vuelta a una pequeña manija y desapareció el montón de humeantes escombros, para dar paso a una negra mancha de contornos irregulares.

Alan comparó con la mirada aquella mancha con la que se recortaba en la pantalla auxiliar y pudo comprobar que se trataba de la misma cosa.

—¿Qué proyección has puesto, Buck?

—La número uno corresponde a Cantón—repuso Buck.

—Entonces es sobre esa ciudad que estamos pasando—dijo Alan —. Vuelve a la proyección normal, Bendy.

El segundo de abordo devolvió la manija a su primitiva posición y nuevamente pudieron contemplar en la pantalla la horrible escena

de la ciudad muerta.

—Tenemos diez segundos antes de que desaparezca la imagen—comunicó Bendy.

—Ya no nos hacen falta, muchacho—repuso Alan—. La destrucción ha sido total.

—¿Has medido la radioactividad?

—En este momento voy a consultar el súper-contador.

Alan se detuvo durante unos segundos frente a un complicado aparato e hizo unos rápidos cálculos.

—Radioactividad absoluta—dijo con voz desalentada.

—Han debido hacer el bombardeo con cohetes intercontinentales con cabeza atómica de hidrógeno—comentó Bendy—. ¿No te parece, Alan?

—Así lo creo yo—respondió éste—. Las explosiones que pudimos observar en nuestra vuelta diez y nueve me parecieron de ese tipo.

Pocos minutos más tarde se volvía a reproducir, punto por punto, la escena, pero esta vez fue Pekín la ciudad que mostró sus desgarradas entrañas a los fatigados navegantes del espacio.

Alan iba comunicando por medio del radio-radar con el Alto Mando, haciéndole detallada referencia de cuanto veían sus asombrados ojos o detectaban los sensibles instrumentos que llevaba la astronave.

Después de dejar a la izquierda Novo Sibirsk cruzaron por encima del Polo Norte, donde el espectáculo aún adquiría proporciones más colosalmente infernales.

Las explosiones atómicas, con su tremenda temperatura, habían fundido una gran parte de los hielos polares, produciéndose una terrible marea que había inundado por completo la parte septentrional de Rusia, toda la península escandinava, los Países Bajos y buena parte de Alemania, hundiendo para siempre bajo las aguas al archipiélago británico.

—Podemos estar seguros de que no ha quedado ninguna base enemiga en este sector de la tierra—comentó Alan.

—Y yo estoy seguro de que no vamos a quedar nadie sobre la superficie del planeta—respondió Bendy—. ¿Te das cuenta de que la nube radiactiva que comienza a cubrir la Tierra es de una potencia ilimitada?

—En los sitios donde funcionan debidamente los reductores de radioactividad el peligro se diluirá como un terrón de azúcar en un vaso de agua.

—¿Y dónde no funcionen los reductores? —preguntó Bendy—. ¿Y los países que no tengan una red suficiente?

—En ese aspecto no tenemos por qué preocuparnos en lo que atañe al nuestro. Los Estados Unidos están bien provistos de esos aparatos.

—¡Pero no todo el mundo son los Estados Unidos, Alan! No cabe duda de que a los hombres los separan diferencias ideológicas, de costumbres, económicas, etcétera. ¡Pero nos hemos olvidado de que somos hijos del mismo Dios! A la divina pregunta hemos contestado como lo hiciera Caín cuando el Señor le preguntó por su hermano Abel: «¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?» ¿Te das cuenta del crimen que estamos cometiendo entre todos, Alan? ¿Qué responderemos el Día del Juicio Final cuando nos pregunten: Qué habéis hecho de vuestros hermanos?

—¡Basta, basta!—bramó Alan—. ¡Vas a conseguir volverme loco!

Aquellas exclamaciones cortaron la palabra de Bendy y un tenso silencio se hizo en el interior del satélite artificial.

Pasados un par de angustiosos minutos, Bendy volvió a tomar la palabra. Su voz había conseguido serenarse y sus ojos miraron tranquilamente a su amigo.

—Discúlpame, Alan. No era mi intención enojarte.

—Ya lo sé, Bendy. Tú también has de perdonarme. Sucede que tanto tú como yo no somos nada más que hombres. Las fuerzas que desde hace dos días se han desencadenado sobre la Tierra son tan superiores a nosotros mismos que nada podemos hacer por detenerlas. Mi corazón está tan lleno de amargura como el tuyo, ¿pero qué hacer? Somos como dos pequeñas gotas en este mar de odio que se ha desencadenado tempestuosamente. Parece como si los cimientos que nos sustentaban se hubiesen desmoronado de improviso y ya nuestra voluntad no cuenta para nada. Entonces uno procura aferrarse a las normas, a los reglamentos, a la disciplina, como el náufrago se aferra a la estructura externa del barco cuyos motores ya no funcionan. Nos han ordenado una misión y la cumplimos sin profundizar más, porque si profundizamos nos veremos caer en un terrible abismo.

—Te comprendo, Alan—repuso Bendy—. Me sucede que cuanto he visto en las últimas treinta horas casi me ha trastornado el seso.

—A mí también—reconoció Alan—. Quizá no tengamos bastante tiempo en lo que nos quede de vida para lamentar tanta desdicha.

—En este momento cruzamos por encima del Canadá—se oyó la voz imperturbable de Buck, transmitida desde la sala de máquinas.

—Echemos una ojeada sobre nuestro continente—propuso Alan.

Bendy manipuló la pantalla micro-telescópica y las imágenes fueron desfilando ante los ojos de los dos hombres.

La parte norte de este territorio también había sido afectada por el súbito deshielo del Polo Norte, y las aguas se extendían uniformemente hasta la bahía de Hudson, cuyo contorno se había difuminado bajo el anchuroso mar.

Excepto esta sustancial modificación del perfil geográfico del continente, todo lo demás conservaba su antigua apariencia, tan distinta al aterrador paisaje que podía verse en el otro hemisferio.

Las ciudades podían reconocerse a simple vista y nada acusaba la terrible catástrofe que se había desencadenado.

El territorio de los Estados Unidos apareció intacto a la vista de los viajeros de los espacios siderales y las manchas verdes de sus campos fueron un sedante para sus ojos, cansados de tanto horror.

La línea del meridiano ciento diez que seguía el satélite artificial pasaba por Chicago y en la pantalla micro-telescópica apareció la inmensa ciudad, en cuya orilla mueren las suaves olas del lago Michigan.

—Este punto que ves a la izquierda es Washington—informó Alan—y aquellas dos manchas más al este son Nueva York y Filadelfia.

—Nuestros enemigos no han podido responder al ataque—dijo Bendy—. No se ven las huellas ni de un solo impacto. ¡Al menos se ha podido salvar esta parte de la Tierra!

Alan asintió con la cabeza pero un gesto de duda se dibujó en su rostro.

—¿Guardas algún temor oculto?—preguntó Bendy.

—Te confieso que nunca creí en la eficacia del ataque por sorpresa que se ha venido preconizando secretamente en estos últimos tiempos. ¡Me parece asombroso que nuestros enemigos no hayan podido disponer de algunas unidades capaces de tomarse la represalia!

—Es que el ataque ha sido fulminante y demoledor—respondió Bendy—. Se les ha cortado toda posibilidad de acción. Sus territorios son hoy un inmenso cementerio.

—¡Pero resulta tan fácil esconder algunos cohetes en cualquier región insospechada!

—Pues ya ves como no ha sido así—suspiró Bendy.

La voz impasible de Buck se dejó oír a través del altavoz.

—Iniciamos nuestro camino para la vuelta cuarenta y tres. Esta vez atravesaremos Rusia.

—De acuerdo, Buck—respondió Alan—. Ahora mismo comunicaré con el Alto Mando.

CAPITULO II

Las órdenes del Alto Mando fueron muy concretas: había que descender a pocos metros del suelo para hacer una observación directa del resultado del ataque a los núcleos vitales del país sobre el cual iban a volar.

—Tendremos que aumentar nuestra velocidad para poder reducir la órbita del satélite —dijo Alan.

—En este momento estaba comenzando a hacer los cálculos— respondió Bendy. Si volamos a ochocientos metros, la gravedad aumentará en nueve décimos, por lo tanto aumentaremos nueve veces nuestra velocidad.

—Adapta el telémetro de gran potencia a la pantalla micro-telescópica. Pasaremos a tal velocidad sobre nuestros objetivos que apenas si tendremos tiempo de echar una ojeada. Con el telémetro de gran potencia los tendremos ante nuestros ojos unos mil kilómetros antes de que lleguemos a ellos, con lo cual los podremos observar durante unos minutos.

—De acuerdo—respondió Bendy, al tiempo que comenzaba a disponer los aparatos.

El satélite artificial atravesó sobre las heladas regiones del Polo Sur y comenzó su largo camino hacia el Norte.

La órbita del satélite había sido modificada, apartándose del meridiano que habían seguido en la vuelta anterior a la Tierra.

En esta ocasión atravesarían Rusia de sur a noroeste, pasando por la capital del inmenso país.

Los otros dos satélites artificiales que formaban el «Grupo-C» enviaban continuamente sus informes a Alan, pues volaban alrededor de la Tierra abarcando zonas distintas.

Alan recogía aquellos informes en cinta magnetofónica y los retransmitía literalmente al Alto Mando.

Las informaciones que le enviaban sus subordinados coincidían

en todo con lo que él mismo podía observar desde su aparato.

La destrucción de los objetivos que se había propuesto el Alto Mando era completa y naciones enteras habían desaparecido del mapa.

—Iniciamos la vuelta cuarenta y tres en el punto cero—informó Buck desde la sala de máquinas.

Alan pidió algunos datos y, cogiendo una carta de navegación, señaló sobre la misma los puntos más importantes por donde habrían de pasar.

Sobre el mapa trazó una línea que pasaba sobre Taxkent, atravesaba el Turquestán ruso, el mar de Aral, el río Ural, el Volga, Moscú, para seguir por Riga y Estocolmo, camino de Groenlandia.

El satélite había descendido hasta unos mil metros del suelo, aumentando su velocidad proporcionalmente.

Toda la zona de observación estaba totalmente arrasada, mostrando el aspecto de un paisaje lunar.

De pronto, apareció en lontananza la silueta de una inmensa ciudad. Alan amplificó la imagen en la pantalla y una exclamación se escapó de sus labios:

—¡Ahí está Moscú!

Bendy se levantó de su asiento y se situó frente a la pantalla, observando ávidamente la imagen de la ciudad.

—¡No ha quedado piedra sobre piedra!—exclamó.

—¿A qué distancia estamos?

—A unos mil doscientos kilómetros, Alan.

—Entonces podemos observar esas ruinas durante varios minutos. Procuraré sacar unas fotografías de los distintos sectores de la capital, para que el Alto Mando pueda unirlas y ampliarlas.

—Yo te prepararé el dispositivo fotográfico.

Bendy, uniendo la acción a la palabra, se puso a manipular unos complicados instrumentos. Cuando hubo terminado sonrió satisfecho.

—La máquina fotográfica se gobernará por medio de este pequeño cerebro electrónico. He dividido la imagen de la pantalla en diez zonas. La máquina tomará cien fotos de cada una de ellas e irá variando automáticamente el enfoque de objetivo. De ese modo no hay temor de que se escape nada.

—De acuerdo, Bendy. Ya puedes comenzar a disparar fotografías.

Durante tres o cuatro segundos, la máquina trabajó a la celeridad de un relámpago, cumpliendo el objetivo que se habían propuesto los dos amigos.

—Creo que ya es suficiente, ¿no te parece, Bendy?

—Todo ha funcionado a maravilla—repuso éste—. Ahí tienes un millar de fotografías que, convenientemente ampliadas, revelerán hasta el más pequeño detalle que pueda ser de interés.

La inmensa masa de informes ruinas se perfilaba en la pantalla reflejando la magnitud de la catástrofe.

De pronto, la voz de Buck clamó presa de gran excitación.

—¡Atención! ¡Atención! ¡Una barrera de meteoritos a la vista!

Alan y Bendy se precipitaron a la cabina desde la cual dirigía Buck el complicado mecanismo del satélite artificial y pudieron ver algo que les heló la sangre en las venas.

Una masa blanquecina, como de copos de nieve, se levantaba ante la trayectoria del satélite. Los pequeños meteoritos apenas tendrían el tamaño de huevos de paloma, y surgían de la tierra en andanadas compactas, que luego se abrían en abanico, como la explosión de unos fantásticos fuegos de artificio.

—¡Desvía la trayectoria, Buck!—ordenó Alan.

— ¡Ya es demasiado tarde, Alan! Necesitaríamos un trecho mayor para poder hacer la maniobra.

A pesar de estas palabras, Buck intentó maniobrar con el satélite. Primero intentó hacerle ganar altura, pero los núcleos de meteoritos estallaban cada vez más altos, como si el ser que manejase el dispositivo de lanzamiento se anticipase intuitivamente a la maniobra.

—¡Varía el rumbo hacia la Tierra, Buck!—ordenó Alan.

El jefe de máquinas hizo lo que se le ordenaba y el satélite comenzó a perder altura a gran velocidad, pero ya era demasiado tarde. Sobre la esférica superficie del satélite comenzaron a sentirse los impactos de aquellos pequeños cuerpos.

Al principio no fue más que el roce momentáneo de algún que otro choque superficial, pero luego comenzaron a tamborilear siniestramente sobre la estructura exterior.

—¡No aguantará nuestro blindaje!—exclamó emocionadamente Buck.

—Reduce la velocidad al máximo—repuso Alan, intentando dar a su voz un aire tranquilo.

—Si lo hago nos veremos forzados a un aterrizaje. Estamos metidos plenamente en el campo gravitatorio de la Tierra.

—¡Ojalá pudiéramos aterrizar!—respondió Alan.

Buck había puesto en acción las cargas de propulsión inversa y el satélite iba perdiendo gradualmente velocidad.

El blindaje de la nave sideral resistía hasta el momento sin

perforarse, pero la gran cantidad de meteoritos que chocaba contra ella, al transformarse en calor su inercia, iba poniendo al rojo su estructura externa, haciendo aumentar la temperatura interior hasta un límite insoportable.

—¡Aquí vamos a morir achicharrados!—dijo Bendy.

—Pon en marcha el sistema de refrigeración, Buck—ordenó Alan —, e intenta el aterrizaje.

El jefe de máquinas obedeció la orden pero la temperatura exterior seguía en aumento y el sistema de refrigeración apenas si servía para mitigarla.

—En este momento acabamos de pasar la barrera de meteoritos —comunicó Alan, intentando dar ánimo a sus compañeros.

—Pero se ha calentado el blindaje exterior y ya nada podemos hacer para evitarlo.

—Intenta subir a las altas y heladas regiones —indicó Alan.

—Ahora es ya imposible—respondió Buck—. Si desviara nuestra trayectoria saltaríamos en mil pedazos. El coeficiente de elasticidad del magnesio que constituye el blindaje ha sido modificado por la temperatura y nuestro satélite no resistiría el tirón del cambio de rumbo.

Durante un segundo se miraron los tres hombres y sus ojos reflejaron el terrible interrogante que se cernía sobre ellos en aquellos instantes.

—Procura aterrizar, Bendy.

—Eso es lo que estoy intentando, Alan. Échale una ojeada al registro de altitud.

Alan se inclinó sobre el aparato que marcaba constantemente la altura del vuelo del satélite artificial y no pudo reprimir una exclamación.

—¡Este condenado aparato se ha vuelto completamente loco!

—Estamos en medio de la nube radioactiva y los efectos electromagnéticos de nuestros instrumentos están profundamente perturbados —intervino Bendy.

—¡Eso quiere decir que tenemos que aterrizar a ciegas!—repuso Alan.

Buck se volvió hacia su amigo y le lanzó una mirada incrédula.

—Tú sabes que eso no es posible, Alan. La velocidad que llevamos es demasiado grande para intentarlo.

Alan se irguió en toda su estatura y miró serenamente a Buck.

—¿Conoces algún otro procedimiento para intentar escapar a la muerte que se nos avecina ?

No había ninguna exageración en las palabras de Alan. Aquella

ciega carrera no podía tener otra meta que la muerte. Habiendo perdido el satélite su capacidad de maniobra por el momento, bastaría que se interpusiese en su camino cualquier pequeña elevación para que saltasen todos hechos pedazos.

—¡Demonio de Alan!—exclamó Buck—. ¡Dices las cosas tan claramente que te bastan pocas palabras para convencer a cualquiera!

—Entonces no pierdas ni un segundo, Buck. Intenta aterrizar, aunque ello nos cueste la vida. Después de todo se puede morir de muchas maneras, pero la muerte es sólo una.

—De acuerdo, Alan. Vamos a intentarlo.

—Tú, Bendy, descorre la plancha que cubre el visor directo—ordenó Alan.

Bendy se dirigió hacia un ángulo de la cabina y dio varias vueltas a un volante.

Una sección interior de la cabina se fue descorriendo, dejando al descubierto un círculo de materia plástica transparente, a través del cual podía verse el exterior.

Alan y Bendy dirigieron sus ojos hacia aquel lugar y miraron ansiosamente.

La nube radioactiva ha subido bastante y la visibilidad es bastante buena, Buck.

—Indicadme la maniobra e intentaré hacer descender nuestro satélite.

—Volamos a unos doscientos metros del suelo y parece que hay una gran llanura ante nosotros.

—Voy a descender, pero os advierto que no podré hacerlo en un espacio inferior a doscientos kilómetros.

—Inténtalo y ¡Dios quiera que no se nos interponga ninguna elevación!

El satélite fue descendiendo gradualmente. Alan y Bendy iban dando las referencias precisas y Buck maniobraba con toda exactitud.

—Ahora estamos a cuatro metros del suelo —comunicó Alan.

—El aterrizaje por fricción es imposible, debido a la temperatura exterior del satélite—dijo Buck.

—¡Inténtalo como sea o aquí vamos a morir achicharrados!—-repuso Bendy.

En efecto; la temperatura interior había subido hasta los cincuenta y dos grados y el calor se hacía insoportable de todo punto.

—Sería inútil—replicó Buck—. Nos desintegraríamos en un

segundo.

—Intenta la caída vertical—sugirió Alan.

—Es la única posibilidad que nos queda—respondió Buck—. Átame a mi asiento.

Alan obedeció la indicación de su amigo y Buck no tardó en estar fuertemente amarrado al asiento desde el cual pilotaba el satélite, quedando en libertad solamente su brazo derecho, que era el que realizaba la maniobra de aterrizaje.

Bendy había entendido qué era lo que quería decir aquello de la «caída vertical» y se había sentado en su asiento, atándose con los diversos cinturones de seguridad.

Por su parte, Alan, una vez realizada aquella operación con Buck, había ocupado su asiento y procedió a sujetarse igual que sus compañeros.

Con dedos que el peligro aceleraba en rápidos movimientos pasó los cinturones por sus piernas, luego sujetó a sus hombros una especie de anchos tirantes y, finalmente, se pasó un amplio cinturón por el pecho.

—¿Cómo estás, Bendy?—preguntó Alan.

—Yo ya estoy listo—contestó el aludido.

—Bendy y yo estamos preparados, Buck. —Voy a poner al máximo los motores de propulsión inversa—informó Buck—. Estad preparados.

Un silencio impresionante se hizo en el interior del satélite. La maniobra que intentaba realizar Buck era de muy imprevisible resultado. Consistía en poner bruscamente en marcha los motores de reacción inversa. Con ello se conseguía frenar la marcha del satélite y descender verticalmente. Estando a tres o cuatro metros del suelo, la caída no tenía ninguna importancia. Pero la maniobra tenía que hacerse con gran precisión, pues en el intervalo de un quinto de segundo debían contrarrestarse las fuerzas de los dos pares de motores, hasta llegar al punto cero ya que, de no conseguirlo así, la gradual pérdida de fuerza haría que el satélite descendiese hacia la tierra, siguiendo una línea tangencial de roce que acabaría por destrozar el aparato.

—Teóricamente es posible—oyeron murmurar a Buck, el cual pretendía darse ánimos a sí mismo con aquellas palabras.

—¡Animo, Buck!—le gritó Alan desde su asiento.

—¡Preparaos, muchachos! ¡Voy a iniciar la maniobra dentro de cinco segundos!—repuso Buck.

Alan y Bendy aspiraron una larga bocanada de aire y apretaron las mandíbulas con fuerza, al tiempo que ponían en tensión todos

sus músculos, procurando ceñirse al máximo a sus ligaduras.

—¡Allá vamos!—gritó finalmente Buck.

Rápidamente alargó su brazo derecho y sus dedos índice y anular se apoyaron en dos botones, uno negro y otro rojo, sobre los que hizo una presión simultánea.

Alan sintió que los anchos cinturones que lo ceñían se clavaban en su carne y su cuerpo empujaba con terrible fuerza las ligaduras. El aire se escapó de sus pulmones con insólita fuerza y de nada le sirvió haber pretendido cerrar fuertemente la boca, pues sus labios se alargaron como el hocico de un mono y casi se le desencajó la mandíbula, impulsada por un brusco movimiento hacia adelante.

La sangre de la cabeza se le agolpó en los senos frontales y en los ojos, haciéndole perder la visión de las cosas y dándole la sensación de que su cerebro era traspasado por un millar de pequeñas agujas.

Todo su cuerpo temblaba en una vibración extraña y una irresistible náusea le subía del estómago a la garganta.

No era dueño de sí y se sentía incapaz de realizar el menor movimiento ni coordinar la más leve idea. Prisionero de las colosales fuerzas de su propia inercia, estaba a merced de un desenlace que no podía prever ni modificar.

Afortunadamente, aquellas sensaciones no duraron más que una décima de segundo. Una nube de fulgurante color rojo se iluminó en su cerebro y un instante después perdía el conocimiento.

CAPITULO III

Cuando Alan recobró el conocimiento se sentía terriblemente agotado. Sangraba por la nariz y los oídos y tenía el cuerpo dolorido, como si hubiese sufrido una soberana paliza.

Durante unos segundos cerró los ojos e hizo unas profundas aspiraciones. La confusión mental que inundaba su cerebro fue desapareciendo y se sintió con ánimos de actuar.

La segunda vez que abrió los ojos echó una ojeada a su alrededor y pudo percatarse del gran desorden que reinaba en el interior de la cabina.

La mayoría de los instrumentos habían sido arrancados de sus respectivos emplazamientos y se diseminaban en confuso montón por los suelos o colgaban de las paredes, apenas sujetos por los hilos de las conexiones.

El resto del satélite no parecía haber sufrido grandemente, prueba de que el golpe no había sido muy fuerte y todo se debía al súbito cambio de velocidad.

De pronto, sus ojos se posaron en la figura de Bendy y una exclamación de angustiada sorpresa se escapó de sus labios.

—¡Bendy; ¡ Bendy!—gritó.

Su amigo y subordinado yacía en una extraña posición. Uno de los tirantes que lo sujetaba por el hombro derecho se había roto y también aparecía en dos pedazos el cinturón que le ceñía el pecho.

Semejante circunstancia había determinado que Bendy girara sobre el hombro izquierdo, teniendo contorsionado el torso, pues las piernas continuaban sujetas a sus ataduras.

El hombre tenía inclinada la cabeza sobre el pecho y un débil gemido se escapaba de sus labios.

—¡Bendy, respóndeme! — volvió a gritarle Alan.

Pero Bendy estaba sumido en una dolorosa semiinconsciencia y no dijo nada.

Alan sacó fuerzas de flaqueza y comenzó a desatarse. La operación no era fácil, pues los cinturones de seguridad se habían apretado mucho y las fuerzas de Alan estaban agotadas. Sin embargo, puso todo su empeño en la tarea y acabó por verse libre.

Saltó de su asiento y acudió solícito al lado de su camarada.

—¿Qué te sucede, muchacho? ¿Estás herido?

Bendy siguió encerrado en su mutismo y Alan lo liberó de sus ligaduras, cortándolas con una pequeña navaja.

Lo tendió cuidadosamente en el suelo del satélite y le hizo un minucioso reconocimiento.

Cuando palpó el hombro izquierdo pudo percatarse de qué era lo que le sucedía a su amigo. La clavícula izquierda estaba fracturada.

La explicación era sencilla. Al romperse el tirante del hombro derecho, el cinturón del pecho no había bastado para contener el peso que la inercia daba al cuerpo de Bendy. En estas circunstancias había girado hacia la izquierda y la misma sujeción del hombro le había roto el hueso.

Después de cerciorarse de que nada más le pasaba a su compañero, lo abandonó un momento y fue hasta la cabina de Buck.

El jefe de máquinas se hallaba fuertemente amarrado y su rostro mostraba el agotamiento que un solo segundo de terrible tensión le había causado.

—¿Cómo estás, Buck?

—No comprendo cómo he podido escapar con vida de esta maniobra—rezongó el jefe de máquinas.

—Ahora mismo te desataré—dijo Alan.

—¿Cómo está Bendy? He oído que le hablabas y no recibías contestación.

—Tiene una clavícula rota. Espero que no sea nada más que eso.

—No nos podemos quejar. De cien veces que hiciéramos esta maniobra, noventa y nueve resultarían mortales.

Alan cortó los diversos cinturones de seguridad y ayudó a Buck a ponerse en pie.

—¿Puedes sostenerte?

—Sí. No tardaré mucho en entrar en reacción.

—Entonces vuelvo al lado de Bendy. Tendremos que ver la forma de reducirle la fractura.

—Ve allá, que yo iré dentro de unos minutos.

Cuando Alan se arrodilló de nuevo junto al herido, éste ya había recobrado el conocimiento.

—¿Te encuentras mejor, Bendy?

—El hombro izquierdo me duele mucho.

—Tienes fracturada la clavícula — informó brevemente Alan.

—Lo que me sorprende es que no nos hayamos dejado la piel

entre estas paredes.

—Ten paciencia que todo llegará — sonrió Alan.

—¡Sí que me das buenas esperanzas, condenado!

—Sería inútil que nos engañásemos—repuso Alan, seriamente—. Las posibilidades de que sobrevivamos a esta catástrofe son del orden de una por mil.

—Dame un pitillo.

Alan encendió un cigarrillo y lo puso entre los labios de su amigo.

—Ahora cuando Buck se haya recuperado veremos la manera de ayudarte.

En aquel instante llegó Buck y se arrodilló al lado de los dos hombres.

—Este Buck tiene la cabeza muy dura—dijo Bendy, esforzándose por sonreír.

—No cabe duda de que estamos hechos de un buen material—respondió Buck—. Este tipo de aterrizajes no es apropiado para damiselas.

Alan se levantó y estuvo observando a su alrededor. El botiquín de urgencia estaba derramado por el suelo, pero aún pudo rescatar muchos metros de vendas y algunos tubos y frascos de medicamentos.

Luego cogió unas cuantas varillas de acero, de uno de los instrumentos deteriorados y volvió junto a sus dos amigos.

—Vamos a ver qué tales médicos somos Buck y yo—dijo, dando a sus palabras un tono de apariencia jovial.

Bendy lo vio inclinarse con todos aquellos pertrechos y tragó saliva.

—¿Por qué no me dais antes un buen trago de whisky?—pidió Bendy.

Dos botellas que había en el botiquín estaban rotas contra el suelo del satélite, pero Buck llevaba un frasco de bolsillo y pudo atender la petición de su compañero.

Bendy no se anduvo por las ramas. Destapó el curvado frasco y casi lo vació de un trago.

—Ahora podéis hacer lo que sea—dijo.

Alan y Buck se pusieron a la tarea. Tenían que reducir la fractura y entablillarle el hombro, de modo que dejara de dolerle o al menos se mitigase el dolor.

Más de una hora invirtieron en su trabajo. De la dificultad del mismo daba buena cuenta la cara de Bendy al término del mismo. No había soltado ningún grito pero tenía las facciones contraídas y

una gran palidez se esparcía por toda la cara.

—No sé cómo has podido aguantarlo—comentó admirativamente Buck.

—Dadme otro trago de whisky—susurró Bendy.

Buck le alargó el frasco y Bendy tomó un sorbo del líquido ambarino.

—¿Te encuentras mejor?—preguntó Alan.

—Ahora parece que empiezo a reaccionar. El dolor es más soportable.

—El vendaje es muy fuerte y creo que resistirá. Si mantienes inmóvil el hombro acabarás por olvidar que tienes rota la clavícula.

—Ahora podemos preocuparnos de nuestro satélite—intervino Buck—. Mucho me temo que haya quedado inutilizado.

Alan asintió con la cabeza y los dos hombres se pusieron a hacer un detenido balance de los desperfectos.

Durante dos horas intentaron arreglar algunos de los mecanismos esenciales, pero al cabo de este tiempo tuvieron que darse por vencidos.

—La propulsión para el despegue está totalmente estropeada y es inútil cuanto intentemos para arreglarla, Alan.

—¿Quiere decir eso que no podemos largarnos de estas malditas tierras?—preguntó Bendy.

—¿Estás seguro de que no se puede hacer nada, Buck?

—Completamente, Alan. He desmontado por completo el dispositivo y me he convencido de que no hay forma de arreglarlo. Nuestro satélite no es ahora más que un montón de chatarra.

Aquellas palabras sumieron a los tres hombres en un profundo desaliento. La situación no podía ser más embarazosa, pues se encontraban a miles de millas de su base, en un país arrasado por las explosiones atómicas y donde, si quedaba alguien, tenía que ser un mortal enemigo.

—Bueno, muchachos. Hay que levantar ese ánimo. Pensad que hace unas horas, cuando estábamos a unos segundos de nuestro aterrizaje forzoso, nadie habría dado ni un solo pitillo por nuestras vidas.

—¿Y crees que ahora se podría dar mucho más por ellas?—replicó Bendy.

—No te discuto que nuestra situación es mala, pero, al menos, aún estamos vivos.

—Eso es cierto—intervino Buck—. No sé si continuaremos vivos por mucho tiempo, pero a mí me encanta seguir respirando por ahora.

—El que no se consuela es porque no quiere —sonrió Bendy—. Recuerdo aquel hombre a quien se le quemó la granja, el cual, viendo como se consumía entre las llamas el producto de muchos años de trabajo, dijo: «Menos mal que el incendio se ha producido en pleno invierno, porque si llega a ser en verano ¡nos hubiésemos ahogado de calor!

—No me parece mala filosofía la de ese granjero—repuso Alan —. Cuando las malas situaciones no tienen remedio, lo mejor es no pensar en ellas y ver de sacar el mayor partido posible.

—¿Qué es lo que debemos hacer, Alan?

—A ciencia cierta no lo sé, Buck pero me parece imprescindible que abandonemos esta ratonera.

—¿Y adonde vamos a ir?—preguntó Bendy.

—Intentaremos dar con alguna localidad. Quizá encontremos una emisora de radio o de telegrafía que haya escapado a la destrucción. Ello nos permitiría ponernos en contacto con los otros satélites del «Grupo-C.» y pedirles que vengan a rescatarnos.

—No es un programa muy optimista, pero admito que es el único que nos ofrece alguna posibilidad de salir de este territorio—admitió Bendy.

—Hay que tener en cuenta que todo el país se halla bajo los efectos de una intensa radioactividad—intervino Buck.

—Nos pondremos los trajes contra las radiaciones, si es que no se han estropeado—respondió Alan—. No resulta muy cómodo vivir dentro de ellos, pero no veo otra solución.

Buck fue hasta la cabina que ocupara antes de producirse el accidentado aterrizaje y unos segundos más tarde, Alan y Bendy le oyeron lanzar una exclamación de triunfo.

—¡Hurra, muchachos! ¡Aún no está todo perdido!

Cuando volvió a aparecer en el quicio de la portezuela llevaba sus brazos ocupados por la pesada carga de los complicados trajes.

—¡Están intactos, muchachos! El armario que los guardaba no ha sufrido ningún desperfecto, gracias a Dios.

Alan le ayudó a descargar y en pocos minutos estuvieron ordenadas las diferentes piezas de los tres equipos.

—¿Cuántos depósitos de aire comprimido tenemos?—preguntó Bendy.

—Tenemos tres para cada uno—repuso Alan—. Ello nos garantiza una atmósfera respirable para varios días.

—Lo único que lamento es que ya no nos quedan provisiones—informó Buck—. Lo poco que teníamos se ha estropeado en el aterrizaje, pues se ha empapado en aceite pesado.

—Quizá encontremos algún depósito de víveres que aún no estén contaminados por la radioactividad—dijo Alan, dando a sus palabras un tono alentador.

—Esperemos que así sea—sentenció Bendy.

—Entonces no nos- detengamos más—repuso Buck—. Vamos a ponernos los equipos estos.

Bendy no pudo evitar un gesto de repugnancia.

—Buck y yo te ayudaremos, Bendy. La manga derecha no es preciso que te la pongas.

—De acuerdo.

Más de media hora tardaron los dos hombres en colocar el traje a su amigo. La inmovilización de la clavícula era muy reciente todavía y los movimientos poco calculados ponían en la cara del herido una mueca de dolor.

Por fin consiguieron colocarle el equipo y se preocuparon de sí mismos.

Alan reguló un pequeño aparato que llevaba sobre el pecho e hizo seña a sus dos amigos para que hiciesen lo mismo.

—¿Me podéis oír?—preguntó.

—Perfectamente, Alan. Mi equipo fono-proyector funciona admirablemente.

—¿Y tú, Bendy?

—Yo también, Alan. Todo está en orden.

—Entonces podemos ponernos en marcha.

Con pasos poco ágiles se acercaron a la escotilla de salida y estuvieron forcejeando con ella durante unos minutos, pues la puerta se había encajado y resultaba difícil abrirla.

Por fin lo consiguieron y Alan fue el primero en saltar al suelo.

Se encontraban en una gran llanura y a unas doce millas al norte se veía la imponente silueta de una gran ciudad en ruinas.

La luz del día iluminaba el aterrador paisaje y Alan pudo ver sin dificultad la pequeña esfera de su contador de radioactividad, comprobando que el instrumento señalaba la máxima concentración. Luego dirigió sus ojos hacia la brújula de pulsera que llevaba en la muñeca izquierda y vio que la aguja se movía en todas direcciones, como si se hubiese vuelto loca.

—Baja tú, Buck, y entre los dos ayudaremos a Bendy.

Así se hizo y poco después emprendían la marcha hacia las lejanas ruinas.

—Aquello debe ser Moscú.

—Eso creo, Alan—respondió Bendy.

—Intentaremos alcanzar esas ruinas antes de que se haga de

noche.

Como tres extraños seres venidos de otro mundo, los tres americanos fueron avanzando sobre la desolada llanura, camino de su incierto destino.

CAPITULO IV

Las doce millas que los separaban de la ciudad en ruinas resultaron un penoso camino para los tres amigos, entorpecidos por el complicado equipo que se veían forzados a vestir.

Bendy era el que más sufría de los tres, pero procuraba soportar con entereza aquel trance.

Cuando llegaron a la ciudad, el sol comenzaba a declinar sobre el horizonte y la luz del crepúsculo teñía con lúgubres, reflejos los alrededores.

—Aquí no ha quedado un solo tabique en pie—se oyó murmurar a Buck.

No había la menor exageración en las palabras del experto jefe de máquinas del malogrado satélite artificial.

La inmensa ciudad, con sus dieciséis millones de habitantes, había sido borrada del mapa.

De las grandes avenidas apenas si quedaba un leve vestigio y la muerte sorprendió a los habitantes en las más diversas situaciones y posiciones.

El flamante metro, en otros tiempos orgullo de los moscovitas, había servido de inmenso sepulcro para las ingentes muchedumbres que buscaron en él un refugio. Las tuberías de conducción de las aguas, rotas, elevaban hacia el aire sus surtidores y una fina lluvia de polvo radioactivo descendía suavemente, posándose sobre las cosas.

—¡Dios mío!—musitó Alan.

La magnitud de la catástrofe hacía inadecuadas cualesquiera otras palabras que no fuesen aquellas que acababa de pronunciar Alan. Sólo Dios, en su infinita sabiduría, podía tener noción exacta de lo que podía significar aquello. Sólo El podía desentrañar el misterio del corazón del hombre que, puesto sobre la tierra en un acto de sublime amor del Creador, para que conservara los inmensos bienes que Este le otorgara, había aprendido de tal manera a destruir y a convertir en odio el mensaje de amor que

había recibido.

—Creo que es inútil seguir avanzando—dijo Bendy, a quien anegaba su espíritu el desaliento.

—No comprendo qué es lo que quieres decir —replicó Buck.

—¿Para qué seguir luchando por salvar nuestra existencia?— repuso Bendy—. Después de ver esto jamás podré disfrutar de una hora tranquila de sueño y los goces de la vida me sabrán a los más amargos pecados. ¡Es preferible que nos arranquemos el equipo protector con las manos y acabemos de una vez!

—¡Bendy!

La voz de Alan había sonado autoritaria y firme y, por un momento, inmovilizó a su camarada.

—¡Deja de pensar!—continuó Alan—. ¡Si pensamos estamos perdidos!

—¿Pero es posible dejar de pensar?—repuso Bendy—. ¿No nos aprisiona la muerte que nos rodea? ¿No te das cuenta de lo bajo que ha caído la humanidad?

—Ellos hubieran hecho lo mismo, de no adelantarnos nosotros— intervino Buck—. Yo lo siento mucho, pero creo que tenemos una justificación.

—¡Te equivocas, Buck! ¡No hay justificación para nadie! ¡Hemos ensalzado nuestra fuerza física, olvidando que la verdadera fuerza está en nuestras almas! ¡Hemos hecho nuestra norma de vida de los Siete Pecados Capitales y lo pagaremos con el infierno!

Alan había dado la vuelta y miraba compadecido a su amigo, a través de la transparente escafandra que lo protegía de respirar el mortal aire radioactivo. Su corazón tenía los mismos sentimientos que el de Bendy, pero en el fondo de su conciencia aún brillaba una pequeña luz de esperanza.

—Ya te comprendo, Bendy, pero escúchame. Soy incapaz de comprender tanta monstruosidad como ha sucedido, pero estoy seguro, como lo estás tú, que el destino del hombre está en manos de Dios. Si El nos ha conservado la vida por algo será. Precisamente nuestra difícil misión de ahora estriba en saber ser hombres, en continuar sobre este desolado planeta para que se cumplan los oscuros designios del Supremo Hacedor.

Aquellas palabras causaron el deseo apetecido en el profundo espíritu religioso de Bendy.

Durante un largo minuto permaneció en silencio y Alan y Buck pudieron observar en su cara la terrible lucha que se desarrollaba en su corazón.

—Creo que tienes razón, Alan—confesó finalmente Bendy—.

Morir es la solución cobarde, ¡Hay que seguir viviendo y comenzar a purgar en este mundo nuestros muchos pecados!

Se fue aflojando la tensión del momento y Buck volvió a tomar la palabra.

—Si hemos de seguir viviendo, será bueno que hagamos lo necesario para que eso suceda. Veamos si encontramos de una endemoniada vez esa emisora de radio que necesitamos.

Durante dos largas horas anduvieron entre bloques de piedra ennegrecidos por las explosiones, árboles derribados, alcantarillas que mostraban sus oscuras entrañas, cascotes de cemento y grandes extensiones cubiertas de cenizas.

Alan caminaba un par de metros delante y Buck ayudaba a Bendy cuando tenían que salvar algún escollo de mayor importancia.

De improviso, un fulgurante chispazo azulado iluminó la escena con su cárdeno centelleo.

Alan, como impulsado por la mano de un gigante, saltó un par de metros en el aire y fue despedido a seis o siete de distancia.

Los violáceos chispazos se continuaron durante unos segundos de ininterrumpida serie de relámpagos, y de nuevo se hizo la oscuridad más absoluta.

—¡Alan!—exclamó Bendy, al tiempo que intentaba correr hacia donde había caído su amigo.

Por fortuna, Buck lo sujetó por un brazo.

—¡Le ha pasado algo a Alan!—exclamó Bendy, a manera de explicación.

—Espera un momento—repuso Buck.

—Hemos de ir en su ayuda, Buck.

—De acuerdo, pero debemos tomar precauciones. Alan ha pisado un cable eléctrico de alta tensión y debemos procurar no hacer nosotros lo mismo.

—Ahora te comprendo, Buck. Procuremos hacer nuestros ojos a esta oscuridad y emplearemos nuestras linternas.

Durante unos segundos cerraron los ojos, momentáneamente deslumbrados por los chispazos, y adaptaron su visión a la oscuridad. Luego encendieron sus linternas e iluminaron el suelo cuidadosamente.

Una confusa maraña de cables e hilos eléctricos se esparcía por el suelo, haciendo casi imposible transitar por aquel sitio.

Con sumo cuidado fueron poniendo los pies en el suelo los dos amigos hasta conseguir verse al lado de Alan.

El jefe de aquella dramática expedición yacía en el suelo y en

aquel momento comenzaba a dar señales de vida.

—¿Cómo te encuentras, Alan ? — preguntó Buck.

—Ya empiezo a encontrarme mejor. Por un momento creí que había pisado una mina y que volaba por el aire hecho pedazos.

—Ha sido un cable de alta tensión—repuso Bendy—. Afortunadamente, el traje antirradiactivo te ha servido de aislante, de lo contrario te hubieses visto aprisionado por la corriente eléctrica.

—Lo cual quiere decir que a estas horas me habría convertido en un pequeño montón de materia carbonizada—concluyó Alan.

—¿No te has roto ningún hueso? ¡El batacazo ha sido formidable!

Alan se levantó con la ayuda de sus dos amigos e hizo algunas flexiones antes de contestar.

—Me encuentro bien. Tengo doloridas algunas partes de mi cuerpo pero no me he roto ningún hueso.

—Me alegro de que sea así—sonrió Buck—. ¡No debemos convertir esto en una expedición de lisiados!

—Continuemos nuestra marcha y miremos bien dónde ponemos los pies. Esto ha sido una saludable advertencia, ¿No te parece, Bendy?

—Tienes razón. Alan—contestó el aludido—. Si estamos decididos a conservar la vida tendremos que extremar las precauciones. ¡Esto es peor que un campo de minas!

—Sin embargo, la presencia de ese cable de alta tensión es una buena señal—continuó Alan.

—¿Por qué le dices?

—Eso indica, Buck, que no todo ha sido destruido por el bombardeo atómico. La fábrica que genera la corriente eléctrica aún funciona.

—Probablemente estará a muchos kilómetros de aquí—contestó Bendy.

—Aunque así sea. Igual que ha aguantado esa fábrica puede haberlo hecho alguna lejana emisora de radio, o un equipo transmisor accionado por baterías.

—¡Dios te oiga!

—Pero será preciso que nos alejemos de este lugar—continuó Alan—. Quizá en algún pueblo de los alrededores encontremos lo que deseamos, pues la capital ha sido totalmente destruida.

Continuaron caminando, cruzando la ciudad de Sur a Norte. En determinado lugar se detuvieron unos segundos y Buck hizo una observación en voz alta.

—Fijaos en este suelo. Es una cosa muy rara, ¿verdad?

Alan y Bendy miraron lo que decía Buck: se trataba de una especie de arroyo, que se prolongaba a lo largo de unos doscientos metros de largo por diez o doce de ancho, al que parecía se le hubiesen petrificado las aguas.

—Yo diría que se trata de acero fundido—dijo Bendy.

—A mí me parece lo mismo—contestó Alan—. Esto debió ser algún depósito de armas, quizá de tanques, que se fundieron al calor de una de las explosiones atómicas.

—Creo que en el Infierno no lo habrían podido hacer mejor—masculló Bendy.

—Sigamos adelante—ordenó Alan.

Cuando llegaron al otro extremo de la ciudad, la noche ya iba camino de la madrugada.

A pesar de lo avanzado de la hora no quisieron detenerse. Era seguro que entre las ruinas de Moscú no iban a encontrar lo que buscaban, pues el intenso bombardeo atómico lo había destruido todo totalmente. La única posibilidad estaba en alejarse cuanto fuera posible.

—En cierto modo, esto ha sido una guerra aséptica—dijo Buck—. ¿Os habéis dado cuenta qué pocos cadáveres hemos visto?

—La explicación es bien sencilla—explicó Alan—. Sólo los que se encontraban a cubierto de las explosiones han dejado sus restos mortales sobre la superficie de esta desolada tierra. Los otros, los que fueron sorprendidos al aire libre o en sus propias casas, es decir: la mayor parte de la población, fueron literalmente desintegrados. ¡Son más de quince millones de grados de calor los que genera la explosión de una bomba de hidrógeno!

—¿Y cuándo piensas que nos detengamos? —preguntó Bendy, al cual fatigaba más la marcha a consecuencia de la fractura de su clavícula.

Quiero que recorramos aún algunas millas. Los efectos directos del bombardeo de Moscú deben haberse prolongado mucho más allá del recinto de la ciudad. Una vez hayamos conseguido alejarnos bastante, descansaremos.

—Es probable que tengamos que hacer dos o tres etapas antes de conseguir nuestro objetivo ¿no crees, Alan?

Mis cálculos son que debemos recorrer unas cien millas. La nube radiactiva cubre todo el país y pocos serán los sectores vivos que hayan escapado al bombardeo atómico, pero las instalaciones que se encuentren bastante alejadas del lugar donde se haya producido una explosión atómica aún estarán en pie.

Guardaron silencio y volvieron a emprender la marcha, dejando atrás aquella dantesca visión de muerte y destrucción.

Ya faltaba poco para que amaneciera cuando Alan dio la orden de detenerse.

—Por ahora ya está bien, muchachos. Busquemos un sitio donde acampar y pasar el resto de la noche.

—Un poco más adelante hay un bosquecillo —dijo Bendy—. Ahí encontraremos cobijo.

Caminaron unos trescientos metros más y llegaron a lo que Bendy había llamado un bosquecillo.

Antes del bombardeo atómico debió ser un lugar frondoso y agradable, pero en la actualidad era un sitio calcinado por la devastadora ola de fuego, donde no se veían más que troncos carbonizados y un pedregoso suelo ennegrecido.

—No es precisamente el parque de Yellowstone—comentó irónicamente Buck, aludiendo al famoso parque nacional norteamericano—, pero servirá para nuestros propósitos.

—A la izquierda tenemos una depresión natural del terreno que nos resguardará de los posibles vientos—indicó Alan.

—Ese va a ser, pues, nuestro campamento —confirmó Bendy—. ¿Dónde plantamos nuestras tiendas de campaña?

—¡Que el diablo te lleve, condenado!—rezongó Buck, al escuchar la irónica frase de su compañero—. Me conformaría con tener un bocado que echarme al cuerpo y un buen trago de whisky.

—Los reglamentos de nuestro pequeño grupo prohíben semejantes lujos—respondió Alan—. Os tendréis que conformar con un trozo de tierra donde echaros y una buena piedra para reposar vuestras duras cabezotas.

—¿Crees que podríamos quitamos las escafandras, aunque sólo fuese por un par de minutos, Alan?

—Depende del apego que le tengas a la vida, Buck. ¿Has mirado el contador de radiactividad que llevas en la muñeca?

Una simple ojeada le bastó a Buck para convencerse de la imposibilidad de la maniobra que pretendía. La radiactividad seguía siendo absolutamente mortal.

—¿Y no vamos a poder deshacernos de estos malditos trajes mientras estemos por estas tierras?

—Y da gracias a Dios de que no se te haga el menor agujero en el equipo de protección, pues no vivirías lo bastante para poder repararlo.

Buck hizo una mueca y asintió con la cabeza.

—Yo no puedo más—confesó Bendy—. Un paso más y caería al

suelo para no volver a levantarme.

—Acostaos pronto, pues tenemos pocas horas para descansar. Hemos de alejarnos mucho si queremos encontrar algún depósito de víveres que no estén contaminados por la radiactividad.

—No me hace ninguna gracia la idea de morir de hambre—repuso Buck.

—Entonces no perdáis tiempo y procurad dormir.

—¿Y tú qué vas a hacer ?

—Subiré a ese pequeño altozano de la derecha para echar una ojeada a la otra parte, que es por donde continuaremos el camino cuando hayamos descansado.

Bendy iba a responder algo pero un formidable bostezo le impidió emitir la menor palabra. Se había tumbado cuan largo era en el suelo y quedó dormido en el acto.

—¿Quieres que te acompañe ?—preguntó Buck sin el menor entusiasmo.

—No es preciso. Antes de diez minutos estaré de vuelta.

—Pues no me despiertes hasta que el desayuno esté en la mesa—bostezó.

—De acuerdo—sonrió Alan—. Para mañana desayunaremos treinta millas.

Buck no dijo nada; miró a su amigo, suspiró y cerró los ojos beatíficamente.

Alan se dirigió al altozano y no tardó en encontrarse en la cima del mismo.

La luz del crepúsculo matutino iluminaba la vastedad del paisaje con su incipiente luz, haciéndolo todavía más tétrico.

En toda la extensión que abarcaba su vista no podía divisarse ni el más mínimo vestigio de vida y una agobiadora soledad imponía su formidable silencio.

Seguirían aquella dirección como podrían seguir otra cualquiera. Estaba completamente desorientado y los efectos de las explosiones debían alcanzar un radio de muchas millas, en dirección a los cuatro puntos cardinales.

Quizá la Providencia les deparase pronto una emisora de radio o algún depósito de víveres con los que poder sustentarse durante algunos días y proseguir su búsqueda. Si nada de esto sucedía...

Alan no quería pensar en las consecuencias que tales cosas acarrearían, pero no podía evitar que las ideas le asaltasen la mente.

Abandonados a sus propios recursos, seguirían caminando hasta que los depósitos de aire comprimido se agotasen. Entonces

tendrían que elegir entre morir asfixiados dentro de sus escafandras transparentes, o quitárselas en un desesperado intento para respirar aquel aire contaminado por la radiactividad y morir entre horribles convulsiones.

Alan era un hombre de temple de acero y no le asustaba la muerte, pero aquella clase de muerte hacía llegar hasta su corazón un frío estremecimiento.

Procuró desechar tales ideas y calculó mentalmente la ruta que pudieran seguir cuando reanudaran su marcha.

Descendiendo el altozano y desviándose unos metros a la derecha parecía iniciarse una especie de rústico camino, por donde transitarían con mayor facilidad.

Bajó, pues, de la pequeña eminencia y fue a cerciorarse de la posibilidad de utilizar aquella ruta.

Al dar la vuelta a un ribazo tuvo que detener súbitamente su marcha, pues un hoyo de suave pendiente y unos cuatro metros de profundidad le cortaba el paso.

Ya iba a rodearlo y seguir su camino cuando vio algo que le hizo dar un vuelco a su corazón: un ser humano yacía boca arriba en el fondo del hoyo.

Al principio le fue difícil identificar su sexo porque aquel ser iba recubierto con un traje semejante al que él llevaba para protegerse de la radiactividad.

Creyó que se trataba de una de las víctimas del terrible bombardeo atómico, pero a poco que concentró su atención pudo observar que aquel ser humano, quienquiera que fuese, tenía los ojos abiertos y dirigía una extraña mirada hacia un punto indefinible del espacio.

Y lo que era más importante: ¡Estaba respirando!

CAPITULO V

La impresión dejó petrificado a Alan por unos segundos.

Desde el momento de su desdichado aterrizaje en el devastado país había visto miles y miles de cadáveres, pero éste era el primer ser que se encontraba con vida.

Sin saber por qué, aquello le producía una tremenda impresión. Quizá se había acostumbrado tanto a la muerte, que aquella inesperada manifestación de vida le resultaba tan extraña como si acabase de aparecérsele un ser venido de otro planeta, o quizá del mundo del más allá.

El efecto paradójico estaba justificado, pues la vida era, sobre aquella tierra desolada, una verdadera excepción.

Se rehizo de su asombro y descendió al fondo del embudo excavado en la tierra, arrodillándose al lado de la inesperada aparición.

Si grande fue su asombro en los primeros momentos, no lo fue menor al observar que su hallazgo era una mujer.

Durante unos segundos la contempló en silencio sin atreverse a ponerle la mano encima.

Respiraba acompasadamente y sus ojos permanecían abiertos, con la mirada fija y sin apenas parpadear.

Un traje antirradiactivo la cubría de los pies a la cabeza, pues el ceñido «mono» terminaba en una escafandra de transparente materia plástica en la cual se encerraba la parte más noble del cuerpo.

Un equipo autónomo de oxígeno abastecía de aire los pulmones de la extraña mujer, de manera muy semejante a como lo hacían los equipos que ellos mismo llevaban.

Lo que más sorprendía a Alan era que la mujer no se moviese, ni hablase, ni mostrase la más mínima sensación de miedo o curiosidad.

—¿Esta usted herida?—preguntó.

La mujer no respondió nada y Alan volvió a insistir.

—¿Le sucede algo?

De nuevo el silencio fue la única contestación a las palabras del

americano.

—Siento no hablar ruso—continuó Alan—, pero le aseguro que no pretendo hacerle ningún daño. «You danger niet»—concluyó en una extraña mezcolanza de inglés, francés y ruso.

Alan había procurado poner en sus palabras un acento tranquilizador para que la mujer, si no las entendía, al menos pudiera percatarse de que no la amenazaba ningún peligro. A pesar de ello no obtuvo la menor respuesta. ¡Ni siquiera le fue dirigida una mirada!

Después de los primeros intentos de trabar conversación con la mujer, Alan guardó silencio y la observó detenidamente.

No tendría más allá de veinticuatro años. Su cara estaba muy pálida pero sus facciones eran de una gran hermosura. Tenía el pelo oscuro y los ojos negros y su boca era sensual y de perfecto dibujo.

La hermosa mujer no era ni muy alta ni muy baja. Su estatura estaba proporcionada a las bien modeladas formas que se adivinaban bajo el ceñido «mono».

La mirada de la joven permanecía fija, como si sólo ella pudiese ver una misteriosa cosa que se desarrollase en un lejano punto.

La situación no podía ser más desconcertante para Alan. De no ser por la respiración y el recóndito brillo de la mirada de aquella joven, hubiese creído que estaba muerta.

—No debe temer nada, —murmuró el hombre, poniendo en sus palabras toda la dulzura que le dictaba su viril corazón a la vista de la triste imagen de la joven.

Pero una vez más no obtuvo la menor respuesta. Entonces decidió cambiar de táctica; le estrecharía la mano, para darle a entender sus propósitos amistosos. Este era un gesto de significación internacional y la joven lo entendería.

Alargó su brazo y cogió cariñosamente una de las manos de la muchacha.

Ella la asió y tirando suavemente pero con fuerza incorporó el busto, quedando sentada en el suelo.

—Eso está mejor—comentó Alan—. ¿Quiere levantarse? ¿Se siente con más fuerzas?

Si al verla incorporarse, Alan creía que iba a salir de su extraño mutismo se equivocó una vez más.

La bella mujer no contestó a sus palabras ni continuó sus esfuerzos hasta levantarse totalmente.

Entonces, Alan comenzó a comprender. Aquella hermosa criatura se encontraba sumida en un profundo «shock» psíquico. Perdida toda voluntad asumía aquella actitud de extraña

inmovilidad, que los médicos denominan «estereotipia subjetiva».

En aquellas condiciones, nada haría ella por sí misma, supeditando su actividad a lo que otros quisieran ordenarle.

Alan se puso en pie y, cogiéndola por las dos manos, tiró de ella suavemente.

La muchacha no puso la menor resistencia y consiguió levantarse.

—Pobre criatura—comentó Alan en voz alta. ¡Cuánto horror deben haber visto tus ojos!

El noble corazón del hombre se sentía profundamente entristecido ante la visión de aquella mujer, la cual era como el símbolo alucinante de todo el horror que se había desatado sobre la superficie del planeta.

Intentó que remontase las paredes del hoyo, pero eran torpes sus movimientos y por dos veces cayó de rodillas.

Alan decidió entonces seguir un camino más expeditivo: soltó sus manos y cogiéndola en volandas con sus poderosos brazos salió de aquel embudo.

El mismo no estaba muy seguro qué era lo que pudiese hacer por la desdichada criatura, pero de momento pretendía llevarla hasta el lugar donde había decidido acampar con sus compañeros. Muchas eran las causas que herían sus fibras sensibles al ver la situación de la desconocida, pero sobre todas destacaba aquella terrible soledad en que la había encontrado; aquella soledad que sólo los muertos pueden soportar.

Se sentía muy agotado pero aún tuvo fuerzas para transportar a la joven hasta el lugar donde Bendy y Buck dormían profundamente.

Con sumo cuidado la depositó en el suelo y él se sentó a su lado.

Sin saber por qué se sentía ligado a aquella criatura. Le parecía como si la hubiese conocido siempre, como si en aquella mirada sin expresión reconociese la angustiosa mirada de un mundo que se había decidido por la destrucción y la muerte cuando la vida había estado llamando inútilmente al corazón de todos los humanos.

¿Qué hacer con ella? ¿Qué decir a sus amigos de aquel extraordinario encuentro?

Estas preguntas eran difíciles de contestar y Alan no tenía la cabeza bastante despejada en aquel momento para encontrar las respuestas que necesitaba.

Bendy y Buck dormían profundamente ajenos a aquel problema que se le presentaba a la conciencia de Alan. Hubiera sido una crueldad despertarlos, pues sus fuerzas estaban agotadas y, al fin y

al cabo, aún tenían que luchar muy duramente por rescatar sus propias vidas a la muerte que les estaba rondando tan de cerca.

Ya les pondría al corriente de todo cuando despertasen.

Lo que importaba ahora era reponer las fuerzas que se les iban agotando paulatinamente.

Sin alimentos y forzados a realizar grandes caminatas, las posibilidades de subsistir eran muy pocas.

También habían de tener en cuenta que las cargas de aire comprimido tenían un límite no muy dilatado. Aquello quería decir que tenían que encontrar solución a su problema antes de aspirar la última bocanada de aire puro.

Dirigió sus ojos hacia la muchacha y vio que había cerrado los ojos. En lo más hondo de su corazón se alegró de que la infeliz criatura no hubiese perdido la facultad de dormir. Le parecía que en aquellos momentos conseguía escapar a su inmensa desdicha.

Durante un gran rato continuó sumido en sus pensamientos, al tiempo que velaba el sueño de la joven, pero también él estaba al borde de sus fuerzas y poco a poco fue cerrando los ojos, dejándose arrastrar por la dulce corriente del sueño.

Cuando el sol apareció en todo su poderío, iluminó las yacentes figuras de aquellos cuatro seres, cuyo mañana era tan incierto y fugaz como los diversos sueños que en aquellos momentos poblaban sus mentes.

CAPITULO VI

Alan fue despertado por una exclamación de asombro de Buck.

El sol marchaba hacia su ocaso e iluminaba pálidamente todas las cosas.

—¿Pero qué diablos es esto?

El jefe de máquinas se hallaba de pie ante la dormida silueta de la joven y apenas si podía dar crédito a lo que estaban viendo sus ojos.

—¡Alan! ¡Bendy! ¡Despertad!

—¿Qué sucede?—preguntó la voz soñolienta de Bendy—. ¿Te has vuelto loco, Buck?

—¿Loco? ¡Levántate y mira! ¡Si eres capaz de explicarme lo que estoy viendo me dejo cortar las orejas!

Aquellas palabras provocaron la curiosidad de Bendy, el cual se levantó y fue a situarse junto a su amigo.

Al ver a la muchacha se frotó los ojos como si no estuviese muy seguro de haber despertado todavía.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?—preguntó en el colmo de su asombro.

—¡Eh, Alan! ¡Despierta!—exclamó Buck—. Tengo una sorpresa para ti que ni te puedes imaginar.

—No sé qué necesidad tienes de alborotar tanto, condenado—gruñó Alan.

—Tenemos una inesperada visita—continuó Buck—. ¡Ven aquí de una vez!

Alan se levantó y miró a sus compañeros sin inmutarse.

—Se acostó a tu lado—intervino Bendy—. De la misma manera podía haberte degollado; incluso acabar con todos nosotros.

—Fui yo quien la deposité en ese sitio—confesó Alan.

—¿Qué ?—contestaron a coro los dos amigos.

—No quise despertaros porque dormíais profundamente y era necesario que repusieseis vuestras fuerzas.

—¿Y dónde la encontraste, Alan?—preguntó Bendy.

Alan explicó someramente las circunstancias en que había encontrado a la joven y asimismo les hizo notar el extraño mal que

la aquejaba.

—¿Y qué piensas hacer con ella?

La pregunta era lógica y Alan la estaba esperando desde el primer momento.

—¿Qué harías tú, Buck?

El aludido levantó los hombros un tanto perplejo.

—No sé qué decirte, Alan. ¡Me pilla tan de sorpresa esta situación!

—¿Y tú, Bendy? ¿Qué opinas?

—¡Qué sé yo¡ ¿Por qué no nos dices de una vez qué es lo que está bullendo en tu mente?

—Yo no puedo imponer mi autoridad en las excepcionales circunstancias que atravesamos.

—Dinos, de todas formas, lo que piensas—intervino Buck.

—Como veis estáis ante un caso de conciencia. La muchacha no puede valerse por sí misma. Abandonada a sus propias fuerzas morirá en cuanto se le acabe el oxígeno que lleva en el deposito que cuelga de sus hombros.

—Eso es cierto—convino Buck—. ¿A qué conclusión quieres llegar?

Alan miró de frente a los dos amigos y respondió en tono sereno.

—Yo quiero que nos llevemos con nosotros a esta infeliz superviviente de la gran catástrofe que se ha abatido sobre su tierra.

Buck y Bendy se miraron unos segundos, como si cada uno quisiese ver reflejada en el rostro del otro la impresión que le producían las palabras de Alan.

—¿Llevarla con nosotros?—articuló Buck finalmente.

—Eso es lo que he dicho.

—¿Pero qué podemos hacer por ella que no necesitemos hacer por nosotros?—volvió a decir Buck.

—Quizá no me hiciera entender si intentase explicarme—replicó Alan—. Sólo sé deciros que considero importantísimo para la tranquilidad de mi conciencia el hacer cuanto sea posible por esta desgraciada.

—Yo te comprendo, Alan—intervino Bendy.

Sé que nuestra vida está en gran peligro y que éste se acrecienta si aumentamos nuestra carga, pero opino, como tú, que no debemos abandonarla.

En aquel momento, tras un breve parpadeo, abrió los ojos la desconocida y se quedó con la mirada fija, tal y como la había encontrado Alan unas horas antes.

Buck la miró durante unos segundos y apretó las mandíbulas

para no exteriorizar la pena que le daba.

—No creo que podamos hacer mucho por ella —dijo—, pero ligaremos su suerte a la nuestra.

—Gracias, amigos—dijo Alan—. Juntos nos salvaremos o nos hundiremos.

—Lo más probable es que nos hundamos —sonrió Buck—, pero no está de más que pensemos en la posibilidad de salvarnos.

—¿Cuáles son tus instrucciones para la jornada de hoy?

—Poco hay que decir, Bendy. Detrás de ese altozano pasa una especie de camino. Por él avanzaremos mejor.

—Lo único que importa es seguir alejándonos, ¿no es cierto?

—Así es—contestó Alan—. Hasta que no hayamos puesto una gran distancia entre nosotros y la destruida ciudad, no tendremos muchas posibilidades de encontrar lo que deseamos.

—Por lo menos tendremos que rebasar el radio de acción de la ola calorífica de las explosiones—sentenció Buck.

—Así es, muchachos. De modo que podemos ir pensando en empezar la marcha.

—¡Si al menos hubiésemos podido dar un bocado!—se lamentó Buck.

—¿Tú cómo te encuentras, Bendy?

—No me puedo quejar, Alan. Tú y Buck habéis tenido un gran éxito como curanderos. El vendaje está muy bien hecho y el dolor se ha mitigado considerablemente.

—Entonces no lo pensemos más y pongámonos en marcha. La muchacha caminará entre vosotros dos y no creo que os proporcione muchas dificultades. Yo abriré la marcha:

Silenciosamente se pusieron en camino, según el orden que Alan había mandado.

Dos interminables días prosiguieron aquel incierto éxodo, sin llevar otra meta más que alejarse cuanto fuese posible de unos de los más importantes centros del ataque atómico.

La noche del día segundo descansaron más tiempo que en las etapas anteriores, ya que sus fuerzas se iban mermando a pasos agigantados y no habían encontrado hasta entonces el menor alimento que echarse a la boca.

El tercer día emprendieron la marcha cuando apenas amanecía y no tardaron en descubrir en lontananza algo que les hizo latir el corazón de esperanza.

A cosa de una milla se veía la estructura de algo que se parecía a un fuerte.

—¿Qué crees que será aquello ?—preguntó Bendy.

—No puedo precisar todavía—respondió Alan—, pero diría que se trata de una construcción de tipo militar.

—No me parece muy prudente que nos acerquemos a ese sitio —intervino Buck—. ¿Qué crees que nos sucederá si nos echan el guante?

—Es un peligro que no está en nuestras manos eludir, Buck. ¿Cuánto tiempo más podremos pasar sin tomar bocado? ¿Y sin beber? Llevamos más de tres días sobre estas tierras y nos encontramos al borde de nuestras posibilidades.

—Lo más que puede suceder es que nos fusilen—dijo Bendy—. De todos modos, no creo que nos queden grandes posibilidades de sobrevivir.

Creo que debemos aproximarnos a aquel sitio.

—Al menos no está destruido por las explosiones —repuso Alan —. Quizá allí encontremos lo que estamos buscando tan desesperadamente.

—Vosotros ganáis, muchachos —admitió Buck—. Iremos allí y veremos qué nos depara la suerte.

Alan observó a la misteriosa joven durante el resto del camino, por ver si la visión de aquella estructura a la cual se iban acercando despertaba en ella alguna actitud que no fuese aquella suprema indiferencia.

Pero todo fue inútil. La joven andaba automáticamente y sus ojos parecían no ver cuanto la rodeaba.

—Esa es una extraña edificación—comentó Buck.

—Parece un fuerte—dijo Bendy.

—Pero sus muros son de acero y no de madera —aclaró Alan—. He oído hablar de ese tipo de construcción militar.

—¿Se trata de un cuartel?

—No, Bendy. Son posiciones «erizo», de las cuales está sembrado todo el país. Con ellas se pretendía hacer una resistencia por comarcas independientes en caso de una invasión del territorio.

—¿Crees que estará repleta de soldados esa posición, Alan?

—Casi con toda seguridad... pero muertos. La estructura no ha sufrido desperfectos, pero es seguro que la nube radioactiva que flota aquí haya acabado con todo vestigio de vida.

—¡Estoy harto de ver tanta muerte! —exclamó Buck—. Hubiera sido preferible estrellarnos en nuestro aterrizaje.

Continuaron caminando hasta llegar a unos centenares de metros de la entrada principal del acerado bastión.

El terreno se hacía más quebradizo y estaba sembrado de hoyos.

—Estos hoyos son para dificultar el paso de las unidades

blindadas enemigas—informó Alan.

—No está mal pensado todo esto — convino Bendy—En condiciones normales resulta una fortaleza inexpugnable.

—Yo me adelantaré hasta el muro de acero y buscaré una entrada.

—Nada de eso, Alan—saltó rápidamente Buck—. Iremos todos juntos o nos quedaremos todos en el mismo albur.

—Es una tontería, Buck—respondió Alan—. No creo que haya el menor peligro.

Por eso mismo—respondió seriamente el jefe de máquinas—. Creo que debemos correr todos el mismo albur.

—Sea—admitió Alan—. Vamos todos.

Nuevamente se pusieron en marcha por aquel accidentado terreno, avanzando con alguna dificultad.

En la inmensa soledad de aquel paraje parecían náufragos en un extraño planeta caminando hacia una meta misteriosa y desconocida.

De pronto ocurrió un hecho insólito y dramático.

Rompiendo el impresionante silencio, como una carcajada siniestra, rasgó el aire el furioso tableteo de las ametralladoras.

Hombres de guerra, acostumbrados a las rápidas reacciones, Buck y Bendy rodaron por los suelos hacia el leve refugio de uno de los innumerables hoyos que tenían a su alrededor.

Alan también se inclinó hacia el suelo en un rápido intento por protegerse de la furiosa andanada de balas, pero vio algo que le hizo detenerse al instante.

La hermosa y extraña joven no había tenido ni el más ligero gesto de reacción.

En una fracción de segundo vio nuestro amigo cómo las ráfagas de las distintas ametralladoras pespunteaban el terreno, levantando un rosario de pequeñas nubecitas de polvo, las cuales se aproximaban a gran velocidad a la posición que ocupaba su protegida.

Se irguió en toda su estatura y, dando un formidable salto de tigre, cayó sobre la muchacha, rodando ambos por el suelo fuertemente abrazados.

Dos siniestras hileras de pequeñas nubecillas polvorientas se cruzaron a pocos centímetros del lugar que ocupaba el patético grupo.

—¡ ¡ Alan ! !—gritó Bendy con todas sus fuerzas—. ¡Vuelve aquí! ¡Vuelve!

El ruido de los disparos seguía atronando el aire y Alan se daba

perfecta cuenta del gran peligro en que se encontraban.

Las ametralladoras que disparaban sobre aquel sitio eran bastantes más de dos y nuevos regueros de proyectiles, en fuego cruzado, se dirigían sistemáticamente hacia ellos.

Una simple vacilación, la pérdida de medio segundo hubieran sido suficientes para que ya no volvieran a levantarse más de aquel sitio.

Pero Alan no era hombre que perdiese la cabeza en los momentos de peligro.

Una rápida mirada que duró una décima de segundo fue suficiente para que se hiciese cargo de la situación.

El fuego cruzado había dejado, por el momento, un «pasillo» libre, a través del cual podría alcanzar el sitio donde se habían refugiado sus amigos.

Sin pensarlo más se levantó y, cogiendo entre sus férreos brazos a la débil muchacha, echó a correr como alma que lleva el diablo.

Cuando ya se encontraba a escasa distancia dé su meta se dio cuenta de que el fuego cruzado de las ametralladoras venía a convergir sobre el punto que él ocupaba con su preciosa carga.

Haciendo un sobrehumano esfuerzo lanzó a la muchacha por el aire y luego dio un salto formidable, viniendo a caer los dos al mismo tiempo en el hoyo donde estaban Buck y Bendy.

Apenas tocó el suelo cuando ya estaban sus dos amigos a su lado.

—¿Te han dado, Alan?—preguntó Buck con la cara desencajada por la emoción.

—¡Por Dios! ¡Dinos cómo te encuentras ¡—preguntó angustiado Bendy.

—No os preocupéis. Estoy bien. No han logrado alcanzarme.

—¡Loado sea el Cielo!—suspiró Bendy.

—¿Cómo está la muchacha?—preguntó a su vez Alan.

Los dos amigos se avergonzaron de su omisión y fueron rápidamente junto a la desconocida.

—No parece haberle sucedido nada—comunicó Bendy después de hacerle un detenido reconocimiento.

Alan se inclinó hacia ella y volvió a ver la fijeza de su mirada, la cual no se había alterado ni un ápice a pesar de la terrible situación que acababa de atravesar.

—¡Jamás me hubiese esperado este recibimiento!—se lamentó Buck.

—Hubiese sido más lógico que nos hiciesen prisioneros—rezongó Bendy—. ¿Qué podían temer de tres hombres desarmados y

una mujer incapacitada?

—Me sorprende esto sobremanera—comentó Alan—. Aunque es natural que los hombres que guarnecen ese fuerte de acero estén un poco nerviosos.

—El ruido de las ametralladoras ha cesado— comunicó Bendy.

Era cierto. Apenas Alan y su carga habían caído en el fondo del arroyo cesó el tableteo 4e las armas y de nuevo se impuso el impresionante silencio de unos momentos antes, esta vez agudizado por el contraste.

Pasaron unos minutos y no sucedió absolutamente nada.

Al cabo de este tiempo, Alan asomó su cabeza unos centímetros sobre el borde del hoyo, pero casi inmediatamente volvió a escucharse el crepitar de las ametralladoras.

—Está visto que no quieren darnos la menor oportunidad de salvar el pellejo—comentó una vez se encontró de nuevo al lado de sus amigos.

—Es natural que estén dispuestos a destruir al primer enemigo que se les ponga a la vista —.comentó Bendy—. Ten en cuenta que son de los pocos supervivientes que deben haber quedado sobre estas tierras.

—¿Pero no crees que les tendría más a cuenta apresarnos y procurar averiguar cuáles son nuestros planes—respondió Alan.

—Se ve que han perdido la cabeza—intervino Buck—. En su lugar creo que me sucedería otro tanto.

Después de estas palabras se hizo un silencio impresionante, en el que se podía escuchar el latido del corazón de los tres hombres. Tan sólo la muchacha permanecía impasible.

Por fin fue Alan el que rompió aquel compás de espera, con unas palabras a las que intentó dar un tono un tanto jocoso.

—Estamos metidos en una buena ratonera, muchachos. Hemos caído como ratoncitos atraídos por el olor del queso.

—Sólo que en esta ocasión ha sido una emisora de radio y no un trozo de queso la que nos ha inducido a venir por nuestro propio pie a meternos en la ratonera.

—Intentaré asomarme otra vez. Quiero ver si se deciden a salir por nosotros.

—Esta vez me toca a mí—respondió Buck.

No había terminado de pronunciar estas palabras cuando ya comenzaba a subir la suave pendiente del hoyo.

Pero al igual que le sucediera a Alan, apenas, asomó la cabeza cuando se oyó de nuevo el furioso tableteo de las ametralladoras.

—Es inútil—dijo desalentado—. Al menor intento disparan como

demonios sobre nosotros.

—Lo que me sorprende es la vista que tienen los servidores de esas máquinas—dijo Buck—. A la distancia que estamos no es fácil ver dos dedos de la cabeza de un hombre a la décima de segundo de haberla asomado.

—Nos tienen localizados y es seguro que se ayudan con algunos instrumentos ópticos de largo alcance.

—Más me sorprende a mí que no hagan fuego indirecto sobre nosotros—repuso Alan—. Con gran facilidad podrían meter algunas granadas de mortero en el fondo mismo de este hoyo,

—¿Y si procurásemos retroceder? — sugirió Bendy—. El terreno es muy accidentado y podríamos saltar de hoyo en hoyo.

—Veré qué les parece esa posibilidad a nuestros enemigos.

Alan se dirigió hacia el borde opuesto y comenzó a sacar la cabeza tímidamente, pero como en los casos anteriores volvió a caer sobre aquel lugar una verdadera lluvia de plomo.

—Nada, muchachos—dijo cuando volvió al fondo—. De aquí no saldremos si esos hombres no quieren que salgamos.

Varias horas continuaron en aquella actitud, sin que sucediese nada que viniese a modificarla.

El sol fue remontándose en el cielo y marcó en su cénit la hora del mediodía.

—Esta situación es insostenible—dijo Buck. ¡Más valdría acabar de una vez!

—Para eso siempre estamos a tiempo—respondió Alan fríamente.

—Hay que reconocer que esto es desesperante—añadió Bendy—. Preferiría que diesen la cara.

Alan había estado un rato pensativo y su mente parecía perseguir una idea que no podía concretar.

—¿Qué hacemos?—apremió Buck.

—Esta situación es completamente absurda, ¿no os parece?—preguntó Alan—. ¿Por qué esos hombres no hacen una descubierta? A buen seguro que disponen de tanques blindados y no les costaría nada enviar a uno para hacer un reconocimiento.

—¿Quieres que vaya a preguntárselo?—sonrió Buck.

—No es preciso—respondió Alan—. Yo mismo les voy a hacer la pregunta.

—No dirás eso en serio—terció Bendy.

—Sí que lo digo en serio, aunque te prevengo que no debes preocuparte, pues no pienso arriesgar mi vida.

—¿Cómo vas a conseguirlo?

Alan se quitó la brújula de la muñeca y la mostró a sus amigos.

—Con esto —dijo sencillamente.

Bendy y Buck lo miraron sin poder ocultar su sorpresa.

—¡Formidable! —exclamó Buck—. La tiras contra esa fortaleza de acero, se mete por una tronera, le da al jefe de la posición en la cabeza y lo mata. Entonces se rinden todos incondicionalmente. ¡No sé cómo no se me había ocurrido!

—No lo tomes a broma, Buck. Este instrumento que ya no nos sirve para nada, metidos como estamos en un campo de radiactividad, nos va a ayudar poderosamente.

Si los dos amigos no conocieran sobradamente a Alan hubiesen creído que estaba loco.

—¿Quieres explicarte?

—Observad los dos los resultados del pequeño experimento que voy a realizar.

Alan cogió la pequeña brújula y la lanzó al aire, haciéndola rebasar un par de metros el borde del hoyo en el que estaban metidos.

Apenas el instrumento rebasó el borde del hoyo sonaron las ametralladoras, entonando su canción de muerte y destrucción.

La reluciente brújula se mantuvo en el aire durante un par de segundos y volvió a caer en manos de Alan.

En aquel mismo instante cesó automáticamente el ruido de las ametralladoras.

—¡Hurra!- bramó Alan--. ¡Ahora está todo claro!

Buck y Bendy se miraron llenos de asombro.

Alan estaba congestionado por la emoción y una fulgurante mirada de triunfo centelleaba en sus ojos.

CAPITULO VII

Pasó un minuto antes de que Alan pudiera explicarse y algo más para que sus dos amigos comprendieran su explicación.

—¡La cosa está clara, muchachos! Dentro de muy poco tiempo forzaremos esa fortaleza.

—¿Estás seguro de que no se te ha trastornado la cabeza, Alan? —preguntó Bendy con un acento de gran preocupación en la voz.

—Yo estoy seguro de que sí —intervino Buck.

—Nada de eso, camaradas —respondió Alan.

Sucede, sencillamente, que he dado con la clave del misterio de esa fortaleza de acero.

— ¡Habla de una vez! —apremió Bendy.

—¿No habéis observado lo que ha sucedido en cuanto he lanzado ese objeto al aire?

—Sí que lo hemos observado, pero no lo sabemos interpretar, a lo que parece —respondió Buck.

—Apenas rebasó el borde del hoyo se pusieron en marcha las ametralladoras —explicó Alan —y se detuvieron súbitamente en cuanto volvió a rebasarlo en el descenso.

—¿Y qué infieres tú de eso?

—Muy sencillo, amigos: ¡Esas ametralladoras funcionan automáticamente! ¿Me comprendéis? Se ponen en marcha por medio de un mecanismo accionado por células fotoeléctricas. Ese es el motivo de que no hayan salido a buscarnos.

—¿Quieres decir que en esa posición «erizo» no hay nadie o están todos muertos? —preguntó Bendy.

—Exactamente. Las armas deben contar con un dispositivo electrónico que las pone en funcionamiento en cuanto un objeto cualquiera entra en su radio de acción. Estoy seguro de que esa es la explicación de este misterioso asunto.

La revelación de Alan era de vital importancia para el inmediato futuro de todos e impresionó vivamente a sus amigos.

—Eso sería una gran cosa—dijo Buck.

—Pero nuestra situación no cambiaría mucho con ello—intervino Bendy—. Igual me da que agujeree el pellejo una bala

disparada por una ametralladora que maneja un hombre o por una ametralladora que maneja un robot. Ya hemos podido comprobar que el sistema funciona con una precisión de mil diablos.

—Pero las cosas cambian considerablemente, Bendy. Esas ametralladoras no dispondrán de una provisión de balas inagotables.

—Nosotros podemos hacer que se les agote la munición, ¿verdad, Alan? No habiendo hombres que la repongan no debe ser tan difícil la cosa.

—Así lo espero y pienso comprobarlo ahora mismo. Dame tu brújula, Bendy.

El aludido hizo lo que le pedían y Alan la tomó entre sus dedos.

—Si mi teoría es cierta lo vamos a comprobar tirando este objeto fuera del hoyo. Las ametralladoras se pondrán a disparar y no cesarán de hacerlo hasta que agoten todas sus municiones.

—¡Que Dios te oiga!—exclamó Bendy.

En aquel sencillo acto que iba a realizar Alan se jugaban tanto los tres hombres que por un momento se miraron emocionados a los ojos.

Alan tiró fuera la brújula y acto seguido comenzó a escucharse el tableteo de las armas.

Durante unos segundos contuvieron la respiración, hasta que las largas ráfagas les demostraron que Alan había dado plenamente en el clavo.

—¡Bravo, Alan!—gritó Buck, dominando el terrible fragor de las armas con su estentóreo grito—, ¡No cabe duda de que tienes razón!

Bendy estaba tan emocionado que no podía articular palabra, pero avanzó unos pasos y abrazó a su amigo con el único brazo que le quedaba.

—Ahora no tenemos más que esperar—dijo Alan—. Tarde o temprano se acabarán esas municiones, aunque se repongan por algún medio mecánico.

—¡Eso es seguro!—gritó Buck.

Alan se volvió hacia la mujer que era su forzada compañera de aventura y se inclinó cariñosamente hacia ella.

—Yo también me alegro por ti—musitó—. Ya sé que no me entiendes, que ni quizá me escuchas, pero quería decírtelo.

La escena había sido muy breve, pero de tan fuerte emotividad que Buck y Bendy sintieron cómo se les hacía un nudo en la garganta.

—Yo también me alegro por ella—pudo articular Bendy—. He llegado a estimarla en su silenciosa presencia y sentiría que le

sucediese algo.

—Y yo también—dijo Buck, sinceramente conmovido—. ¡Ha debido ser una chica maravillosa!

La joven continuaba impasible, en la misma posición que la dejaran en el momento de hacerle el reconocimiento para ver si estaba herida.

Tenía los hermosos ojos negros abiertos y seguía mirando hacia un lejano punto del espacio, indiferente a todo, como si fuese un ser que ya no perteneciese a este mundo.

—Aunque ya no quisiese luchar por mí mismo no podría dejar de hacerlo por esta criatura —dijo Alan—. Quizá la considero parte de nuestra expiación.

Mientras sostenían esta conversación a gritos, las ametralladoras seguían abatiendo una cortina de fuego sobre aquella zona.

Las ráfagas se cruzaban exactamente sobre el sitio que ocupaba la brújula, e iban levantando pequeñas columnas de polvo que, al unirse, iban formando una nube que difuminaba el contorno de las cosas.

Durante más de una hora continuó aquel tableteo infernal. Afortunadamente, nuestros amigos se encontraban bien protegidos en el fondo del hoyo y solo alguna bala de rechazo llegó sin fuerza hasta donde ellos se encontraban.

Al cabo de este tiempo fue haciéndose más débil el fuego, hasta que cesó totalmente.

—Creo que ya hemos conseguido nuestro objetivo —dijo Alan—. Vosotros esperad mientras yo intento salir de este agujero. Lo haré precavidamente, por si acaso hubiesen fallado nuestros cálculos.

—Déjame acompañarte—pidió Buck—. Bendy está en peores condiciones físicas y puede quedarse cuidando a la muchacha.

—Eh! ¿Os habéis creído que soy un inútil? —protestó el aludido —. Iré donde vaya el primero.

—Buck tiene razón—repuso Alan—. Alguien debe quedarse al lado de nuestra protegida y nadie más indicado que tú.

—Si es esa mi misión me quedo —dijo Bendy—, pero no quiero que creáis que estoy hecho de chocolate.

—Si así fuese no me habrías durado ni un segundo —sonrió Buck—. ¡Con el hambre que tengo!

Alan y Bendy no tuvieron más remedio que reírse ante la salida de su amigo.

—Quizá en el interior de esa fortaleza encontremos algo de comer que no esté contaminado por la radiactividad.

—Si fuese cierto lo que dices ten la seguridad de que la

tomaríamos por asalto aunque tuviese una guarnición de mil hombres, Alan.

—Espero que no sea necesario—repuso Alan con una sonrisa—. Y ahora vámonos. A ti, Bendy te haremos una seña en cuanto estén claras las cosas.

—De acuerdo.

Alan y Buck gatearon hasta el borde del profundo hoyo y asomaron la cabeza cuidadosamente.

Al contrario que en las ocasiones anteriores que lo habían intentado, esta vez no se oyó el menor disparo.

A la plena luz del día pudieron ver con detalle la fortaleza en cuestión.

Se trataba de una especie de pirámide truncada, con unos cien metros de lado de la base y cuyas caras laterales estaban constituidas por gruesas paredes de acero, hechas de una sola pieza.

En algunos sitios de aquellas superficies aceradas podían divisarse unas hendiduras, a modo de troneras, por donde asomaban armas de las más diversas clases.

—¿Estás decidido, Buck?

—Cuando tú quieras.

—¡Adelante!

Los dos amigos iban a afrontar la prueba definitiva. Se irguieron y salieron del agujero en que estaban metidos

Levantándose en toda su estatura sobre el terreno presentaban un blanco formidable aún para el tirador menos experto.

Sin poderlo evitar permanecieron rígidos durante unos segundos, esperando oír la descarga cerrada de la fusilería o el rápido pespunte de las ametralladoras, para caer al suelo acribillados a balazos.

Pero no sucedió nada. El mismo silencio siguió gravitando sobre todas las cosas.

—¡En marcha!—ordenó Alan.

Con paso lento pero seguro comenzaron a caminar hacia la fortaleza.

—Confieso que es emocionante esto —comentó Buck—. ¿Qué nos encontraremos ahí dentro?

—Cualquier cosa puede pensarse, Buck. Aunque lo que ahora ocupa mi mente es el pensar si hallaremos un acceso al interior del fuerte.

—Si no encontramos una puerta por donde poder entrar escalaremos una de esas paredes de acero. Están en plano inclinado y nos sería relativamente fácil.

—No me parece mala la idea. Ya veremos.

En pocos minutos fueron salvando la distancia que los separaba de su objetivo hasta que llegaron al pie mismo de las murallas de acero.

—Rodearemos cuidadosamente estas murallas para ver si encontramos el acceso que necesitamos.

—¿Quieres que vayamos cada uno por una parte ?

—No. Será mejor que vayamos juntos, por si acaso sucede algo. No tenemos más armas que nuestros puños y haríamos más los dos que uno solo.

Embarazados por sus trajes contra la radiactividad fueron caminando a lo largo del muro de la derecha.

Alan había mirado su contador de radiactividad, constatando que era total en aquel sitio.

—No parece que vayamos a encontrar con facilidad un sitio para entrar, Alan.

—Vamos muy pegados a la muralla, Buck. Quizá sea mejor que nos separemos un poco.

Uniendo la acción a la palabra comenzó a separarse, hasta conseguir estar a una distancia de unos veinte metros.

Fue en aquel momento cuando de nuevo volví o a escucharse el seco crepitar de las ametralladoras.

—¡Cuidado, Alan!

Pero el aludido no necesitaba la advertencia. Había, dado un salto de costado, acercándose unos metros hacia el muro.

Automáticamente cesó el ruido de los disparos.

— ¡Nos han descubierto!—exclamó Buck en cuanto tuvo al lado a su amigo.

Alan se echó a reír.

—Nada de eso. Lo que sucede es que soy un estúpido de los más grandes que existen en la tierra. ¡Todo el fuerte está automatizado! Por cualquier parte que uno intente aproximarse se encontrará con el fuego cruzado de esas armas.

—¿Y cómo es que hasta ahora no las habíamos oído ?

—Ello es debido a que hemos seguido un frente donde las armas han sido descargadas. Luego nos hemos corrido a lo largo del muro, fuera del ángulo de tiro. En cuanto yo me he separado he vuelto a entrar dentro de ese ángulo y las armas se han puesto a funcionar automáticamente.

—Creo que aciertas en tus suposiciones. Prueba de ello es que en cuanto has saltado hacia atrás han cesado los disparos.

—¡He oído silbar tan cerca de mi cabeza las balas, que te

aseguro no he de volver a confiarme!

Después de este pequeño incidente continuaron su camino.

Al finalizar el muro a lo largo del cual se desligaban y torcer hacia la izquierda, Buck cogió del brazo a su amigo, obligándole a detenerse al mismo tiempo que exclamaba.

—¡Mira, Alan!

Con el brazo extendido señalaba algo que había en el suelo, a unos veinte metros de distancia.

—¡Un hombre!—continuó Buck.

No hacía falta esforzarse mucho para percatarse de la veracidad del aserto. Un hombre yacía en el suelo, boca abajo y con los brazos extendidos hacia adelante, a unos quince o dieciséis metros de la muralla.

—Está muerto—comentó brevemente Alan.

—Es un soldado o un oficial del ejército ¿verdad, Alan?

—Sí. Lleva el uniforme del ejército ruso.

Cautelosamente reanudaron su marcha, acercándose al lugar donde yacía aquel hombre.

Unos cuatro metros antes de llegar se detuvieron.

—No cometamos el mismo error que ha cometido ese infortunado mortal, Buck. Observa las heridas que tiene en la parte posterior de la cabeza.

—Parecen ser heridas de bala.

—Así es. Ese desdichado ha querido escapar del interior de la fortaleza, y las armas automáticas abrieron fuego sobre él en cuanto entró dentro del radio de acción de las mismas.

—Lo mismo que te sucedió a ti hace unos instantes.

—Así es.

—Se me ocurre pensar una cosa ¿Por dónde salió este hombre?

—Eso mismo estaba yo pensando, Buck. Estudiemos con atención el terreno.

No tardaron mucho en encontrar el camino que les conducía al interior del fuerte. Una estrecha zanja apareció ante sus ojos. El suelo y las paredes de la misma estaban recubiertas de planchas de acero y el estrecho pasadizo se prolongaba hasta el pie del muro de acero, por debajo del cual pasaba.

—Vamos allá, Buck. Ha llegado la hora decisiva.

Alan fue el primero en saltar al interior de la zanja y Buck le siguió un segundo después.

El suelo estaba inclinado en suave pendiente, hundiéndose en la tierra a más de diez metros de profundidad.

Al llegar a la altura del muro de acero se invertía la dirección de

la rampa, ascendiendo nuevamente.

Los dos amigos hicieron el recorrido sin pronunciar una sola palabra, viniendo a desembocar en el interior del recinto.

Lo que vieron sus ojos jamás podría ser descrito con exactitud.

El fuerte estaba construido con murallas de unos tres metros de anchura, por el interior de las cuales se podía circular libremente. Estaban repletas de soldados, pero todos ellos habían muerto a consecuencia de la radiactividad.

La parte central estaba ocupada por un inmenso patio rectangular donde se alineaban las más diversas firmas, incluyendo un buen número de tanques de diverso tamaño y tonelaje.

El acuartelamiento de las tropas se encontraba en la base de las murallas mientras que su emplazamiento de combate estaba en el primero y segundo piso de las mismas.

Una torreta de unos diez metros de altura se levantaba en el centro del patio, rematada por una cúpula de materia transparente y forma semiesférica.

Al igual que en los emplazamientos del interior de la muralla, podían verse numerosos cadáveres en el patio y unos cuantos bajo la transparente cúpula.

—Esto es un plato demasiado fuerte—comentó Buck.

—Busquemos cuanto antes lo que necesitamos y marchémonos de aquí —respondió Alan.

—Esa torre debe ser el puesto de mando. ¿Qué te parece si buscamos allí?

—De acuerdo. Vamos.

Llegaron al pie de la torreta y comenzaron a ascender por una escalera de hierro. Había un ascensor pero no supieron ponerlo en marcha

En el interior de la cúpula encontraron una docena de hombres muertos, los cuales estaban en las más diversas posturas. Todos ellos eran oficiales y algunos de alta graduación.

Infinidad de instrumentos estaban al alcance de sus manos que ya nunca volverían a ponerlos en acción.

Alan no tardó en reconocer un equipo emisor de radio de pequeño tamaño.

—¡Aquí lo tenemos, Buck! ¡Si funciona, esto es lo que necesitamos!

Buck se aproximó y estuvo reconociendo el aparato que Alan le señalaba.

—Parece un equipo con campo magnético neutralizado. Eso nos permitiría utilizarlo a pesar de la radiactividad del ambiente.

—Mira si están cargadas las baterías.

Buck estudió atentamente el aparato, y sus grandes conocimientos electro-mecánicos le permitieron en poco tiempo descubrir las conexiones del mismo.

Dio unos pasos por la habitación y se detuvo junto a una pequeña mesa cilíndrica.

—Estos dos pequeños bloques son las baterías que ponen en marcha la emisora —dijo—. Voy a ver si funcionan.

Arrancó uno de los cables conductores y tocando con él una válvula hizo que se encendiera una pequeña luz roja del cuadro de mandos,

—¡Magnífico, Alan! ¡Esto funciona perfectamente!

—Comienzo a ver una posibilidad de que salgamos de este infierno.

—¿Quieres que intentemos la transmisión desde aquí?

—Prefiero que arranquemos el equipo y lo transportemos a nuestro punto de partida. Bendy debe estar impaciente por nuestro silencio.

—La cosa no es difícil y el equipo pesa muy poco. Déjame ver.

Se acercó junto al sitio donde estaba Alan y observó durante unos segundos el equipo emisor.

—Arranca esos cordones que ves a la derecha—ordenó Buck—y yo mientras tanto, procuraré desatornillar esto.

Los dos hombres se pusieron a la tarea y trabajaron en silencio durante algunos minutos.

—Los cables ya están desconectados—comunicó Alan.

—Yo termino ahora mismo—repuso Buck.

Aflojó el último tornillo y cuidadosamente desencajó el equipo emisor.

—Ahora desconecta las baterías, Alan.

El aludido so dirigió a la mesa cilíndrica y comenzó a hacer lo que se le había dicho.

Al intentar hacer un pequeño esfuerzo, apoyó uno de sus codos sobre un botón amarillo y sucedió algo que los llenó de asombro.

Se escuchó un «clic» y una lamparita de luz rojiza comenzó a centellear en el cuadro de mandos.

—¿Qué demonios será esto, Buck?

—No sé. Lo mismo hemos puesto en marcha algún dispositivo mecánico de esta fortaleza que podemos saltar hechos pedazos por el aire. ¿Qué botón has apretado?

—No lo sé. Ha sido con el codo y debe ser uno de estos seis que se ven aquí.

Buck recorrió con la mirada las instalaciones de la cúpula de mando, para ver si conseguía algún otro detalle que le permitiese averiguar qué es lo que estaba sucediendo o iba a suceder.

De pronto sus ojos se posaron en la parte exterior a través de la cúpula transparente.

—¡Eh, Alan! ¡Mira!

Alan siguió la dirección que le marcaba Buck con el brazo extendido y fue grande su asombro.

Un trozo rectangular de uno de los gruesos muros de acero comenzó a abrirse como el batiente de una inmensa puerta.

—Hemos puesto en marcha el dispositivo que abre las puertas de este fuerte —comentó.

—No cabe la menor duda de que estos hombres sabían lo que se hacían. Para mover esa sección de murallas hace falta una potencia de muchos miles de caballos. Debajo del suelo deben estar los equipos que generan esa potencia y el complejo mecánico que mueve la muralla.

—Así nos será más fácil salir —comentó Alan.

Como fascinados miraban la suave y lenta maniobra mecánica que dejaba al descubierto un trozo de unos treinta metros de anchura.

Cuando el trozo de murallas se hubo corrido totalmente, dejando al descubierto una amplia salida, sucedió una nueva y asombrosa cosa.

Varias filas de tanques alineados en el amplísimo patio se pusieron en marcha automáticamente y comenzaron a rodar hacia la salida abierta.

—¡Es fantástico!—exclamó Alan.

—¡Jamás creí que estuviesen tan avanzados en cuestiones técnicas!—dijo Buck.

Los tanques fueron alcanzando la salida y comenzaron a maniobrar como si fuesen dirigidos por cerebros humanos.

Se desplegaron en dos anchísimas filas, en las cuales la de atrás cubría los huecos que dejaba la de delante, formando una barrera de acero que avanzaba lenta pero implacablemente.

—La maniobra es perfecta—comentó Alan, fascinado por lo que estaba viendo.

—Perfecta y terrible.

También la aseveración de Buck era cierta. Algunos de los tripulantes de los carros de combate habían sido sorprendidos por la muerte en el momento mismo de querer salir de su interior. Sus cuerpos colgaban en las más diversas actitudes de las torretas de

emergencia y ora extendían los brazos hacia adelante, hundiendo la cara contra la fría estructura acerada, ora estaban caídos hacia atrás, con los brazos en cruz y una mirada vacía dirigida hacia las alturas; quizá en una última y desesperada súplica de redención.

Aquella muralla de tanques con sus tripulantes muertos, que avanzaba hacia un invisible enemigo, era la cosa más impresionante que vieran nuestros amigos desde el momento que pusieron los pies sobre la martirizada tierra.

De pronto rasgó el aire el estruendo de una nutrida andanada de cañonazos.

—¡Están disparando esos tanques!—exclamó Alan.

En efecto, los tanques que iban en vanguardia acababan de abrir fuego y dos segundos más tarde lo hacían los que ocupaban la segunda fila.

Los proyectiles silbaron en el aire y vinieron a explotar a cosa de una media milla.

—¡El ataque de los muertos! —casi gritó Buck, a quien la escena impresionaba vivamente.

La división blindada continuaba impertérrita su avance y los disparos se sucedían con un intervalo de diez segundos.

Con precisión matemática iban produciéndose las andanadas, atronando el espacio con sus estampidos y levantando nubes de polvo y humo en la lejanía.

—Lo habían pensado todo —comentó Buck, sin poder apartar su mirada de la columna blindada—. Un sólo hombre podía defender este bastión aunque todos los demás hubiesen muerto. Este cuadro de mandos que estás viendo, Alan, hubiera sido suficiente. Estoy seguro de que los distintos botones seccionan otras tantas armas.

—¡Me resulta difícil soportar esta escena, Buck! ¡Es un ejército de muertos atacando a otro ejército de invisibles fantasmas! ¡Detengámoslos ! ¡ Detengámoslos!

Alan se había excitado grandemente ante la siniestra visión y parecía estar a punto de estallar. .

Como una fiera acorralada miró a su alrededor y sus ojos se fijaron en una pequeña banqueta de hierro que estaba a poca distancia de donde él se encontraba.

Dio un salto, la cogió con su mano derecha y revolviéndose rápidamente la descargó una y otra vez sobre el misterioso cuadro de mandos, destrozándolo.

Casi instantáneamente dejaron de escucharse los cañonazos pero los tanques siguieron avanzando, alejándose cada vez más de su base.

Durante diez minutos más los vieron marchar en su fantástica carga sobre un enemigo inexistente, hasta que casi se perdieron sobre la lejana línea del horizonte.

Alan se volvió hacia su amigo y lo miró serenamente. Había conseguido recuperar el control de sus nervios y parecía otro hombre.

—No lo podía resistir, Buck. Los muertos deben descansar.

—A mí me sucedía lo mismo. Cojamos estos aparatos y vámonos de aquí.

CAPITULO VIII

Cuando Alan y Buck llegaron al hoyo desde el cual habían partido encontraron a Bendy terriblemente agitado.

—En este momento me disponía a salir en vuestra búsqueda. ¿Qué demonios ha pasado? He visto salir una división de tanques por el muro de la derecha. Algunos de sus conductores aparecían muertos sobre las torretas.

Alan explicó brevemente a su amigo cuanto había sucedido desde el momento que abandonaron aquel refugio.

—¡Es extraordinario!—comentó Bendy cuando Alan hubo terminado—. Yo oí tal cantidad de disparos que llegué a creer seriamente que ya no volvería a veros vivos.

—Pues aquí nos tienes —sonrió Buck a través de su escafandra transparente—. En mi vida he deseado tanto salir de un sitio como deseaba salir de ese fuerte. ¡Es algo que hubieras tenido que ver, Bendy!

—Prefiero habérmelo ahorrado, te lo aseguro.

—Ahora debemos alejarnos de aquí cuanto antes —intervino Alan—. Me gustaría encontrar una pequeña elevación de terreno para intentar nuestra comunicación radiofónica. ¿Cómo está nuestra desconocida? ¿Podrá ponerse en camino?

—En todo el tiempo que habéis faltado apenas si se ha movido. Además ya no es tan desconocida. Se llama Ilina Yaroslav.

—¿Te lo ha dicho ella?—preguntó Buck con extrañeza.

—Nada de eso. Lo he leído en una pequeña medalla de acero que lleva colgada del cuello. Está perfectamente visible a través de la escafandra transparente.

—Ilina—murmuró Alan—. ¿Verdad que es un bonito nombre?

—También ella es muy bonita—admitió Buck—. Es una lástima que se encuentre en tan deplorable estado. ¿Tú crees que puede volver a ser una mujer normal, Alan?

—Se halla bajo los efectos de una profunda impresión. Quizá un adecuado tratamiento psiquiátrico consiguiera hacerla volver a la plenitud de sus facultades.

—Si conseguimos sacarla de este infierno —dijo Bendy, haremos

por ella todo cuanto sea posible.

—Ayúdate y Dios te ayudará. Eso es lo que dice la sabia máxima y es lo que nosotros debemos poner en práctica cuanto antes, muchachos —intervino Alan—. Debemos ponernos en marcha inmediatamente.

—El campamento ya está recogido—sonrió Bendy—. Da la orden y comenzaremos a caminar.

Alan se dirigió al lugar donde estaba Ilina y la cogió suave y cariñosamente por las manos. Tiró con dulzura y la muchacha se levantó sin hacer la menor resistencia. Luego la cogió en sus brazos como si fuese una pluma y comenzó a ascender por la suave pendiente.

—¡En marcha! —dijo.

Buck y Bendy le siguieron.

Al llegar al borde del embudo depositó a Ilina en el suelo y Buck y Bendy la flanquearon.

Alan tomó unos cuantos metros de delantera, se volvió y sonrió a la muchacha, aunque ésta no se dio por aludida.

—¿Tienes alguna idea de cuál es nuestro camino a seguir, Alan?

—Allá al fondo se ven unas colinas. Creo que desde allí podríamos conseguir una buena comunicación radiofónica ¿no te parece, Buck?

—Está bien pensado, pero quiero decirte una cosa que no te he dicho todavía.

—¿Qué es ello?

—La potencia de esa emisora no rebasaba los límites del país.

—Ya he pensado en esa posibilidad. Si el resto del «Grupo-C.» no ha sido obligado a aterrizar por el Alto Mando, el satélite de Roger pasará por encima de este territorio antes del mediodía de mañana. Entonces podemos conectar con él.

—Espero que así suceda—sentenció Bendy.

—Ahora comencemos nuestra marcha. Aquellas colinas están bastante lejos y nuestras fuerzas son menos cada vez. Andaremos despacio pero lo haremos durante un buen número de horas.

—¡Adelante, pues!—animó Buck.

—Adelante—repuso Alan.

La comitiva comenzó .a avanzar con dirección a la línea de azules colinas que se levantaban sobre el horizonte.

El sol ya iba hacia su ocaso y una luz dorada, del color del oro viejo descendía plácidamente sobre la tierra.

Todos los expedicionarios se sentían profundamente agotados, pero la esperanza de poder ponerse en contacto con uno de los

satélites artificiales del grupo de Alan les daba nuevo aliento, haciéndoles sacar fuerzas de flaqueza.

CAPITULO IX

Fue bien entrada la noche cuando consiguieron alcanzar la zona de las colinas. Durmieron al pie de las mismas y en las primeras horas de la mañana realizaron el ascenso a una de ellas, cuya altura sería de unos trescientos metros.

Toda la mañana y parte de la tarde estuvieron intentando comunicar con el satélite artificial que comandaba Roger, pero no obtuvieron el menor resultado.

—¿Estás seguro de que funciona esa emisora?

—Completamente, Bendy —aseguró Buck—. Además puede emitir en la longitud de onda de los aparatos receptores de nuestro grupo de satélites artificiales.

—¿Entonces por qué no conseguimos la comunicación ?

—Por una razón muy sencilla: porque Roger no vuela por este sector del globo, ¿comprendes?

Bendy comprendía sobradamente, pero hacía aquellas preguntas para romper los pesados silencios que se hacían de vez en cuando.

Aunque no habían hablado de ello, todos estaban de acuerdo en una cosa: Aquella era la última oportunidad que tenían de salvar sus vidas.

El campamento establecido sobre la cima de la redondeada colina serviría de trampolín para alcanzar la libertad y rescatar sus vidas o sería la tumba que los acogería a todos.

No tenían fuerzas para seguir caminando y estaban varios días sin comer ni beber. Sobre todo esto último les hacía sufrir más cada vez.

Un ser humano, normalmente constituido, puede resistir sin comer hasta quince días o más, pero nadie puede resistir sin comer ni beber más de seis o siete días.

Así, pues, nuestros amigos se encontraban al límite máximo de sus posibilidades. La ayuda que viniese tenía que venir pronto o sólo encontrarían unos cadáveres sobre la colina.

La única que no parecía sufrir era Ilina. Su cara mostraba la huella de estos sufrimientos, pero su actitud seguía siendo la misma. Como si sintiese una profunda indiferencia por todo cuanto la

rodeaba, incluso por ella misma.

Poco antes del crepúsculo, Buck que montaba su vigilante guardia junto a la emisora dio un grito de alegría.

—¡Ya lo tengo! ¡ ¡ Ya lo tengo ! !

Alan y Bendy se reunieron precipitadamente con su camarada y lo interrogaron ansiosamente con los ojos.

—Sí, ya he conseguido conectar con uno de nuestros satélites. ¡Estoy seguro que se trata de uno de ellos!

Alan y Bendy tuvieron que guardar las exclamaciones de alegría que pugnaban por salirles de las gargantas, porque Buck había comenzado a hablar por el micrófono, dando la clave que tenían convenida con los hombres de los otros satélites artificiales.

—Aquí, Posición Vértice… Aquí Posición Vértice. Posición Vértice llamando a puntos uno y dos. Aquí Posición Vértice.

Buck se detuvo un instante y escuchó.

Todos contuvieron la respiración y esperaron la respuesta, pero a sus oídos no llegó más que un vago rumor y alguna que otra palabra suelta y confusa.

—Posición Vértice al habla… Posición Vértice al habla. ¡Escúchame, por lo que más quieras, Roger! —no pudo contenerse Buck.

—¿Qué demonios sucede, Buck?—preguntó Alan, conteniendo a duras penas su impaciencia.

—No lo comprendo, Alan. He conseguido conectar pero no consigo seleccionar bien ¡a onda.

—Repite la llamada clave.

—Aquí Posición Vértice… Habla Posición Vértice. Contesten. Habla Posición Vértice.

De nuevo volvieron a escucharse los confusos rumores y alguna que otra palabra suelta, pero nada que resultara coherente.

—¡Esto es desesperante!—exclamó Bendy—. ¿Será posible que no lo consigamos?

Buck dejó comunicar y estudió durante unos segundos el equipo emisor. Apretó con la uña un pequeño tornillo, aflojó dos cables y volvió a poner el dispositivo en marcha.

—Aquí Posición Vértice… Aquí…

Esta vez no pudo terminar la frase. Por el altavoz del equipo pudieron escuchar distintamente:

—¡Gracias a Dios que consigo entenderos! ¿Eres tú, Alan?

—Soy Buck, Roger. ¡Bendita sea la hora en que oigo tu voz!

—¿Y nuestro comandante; y Bendy? ¿Qué les ha sucedido?

—Nada, Roger. Se encuentran aquí, a mi lado.

Alan apartó un poco a Buck y tomó la palabra.

—Estamos relativamente bien, Roger, pero debéis venir en nuestro socorro cuanto antes.

—¡No sabes cuánto me alegra saber que todavía estáis vivos. Os hemos estado buscando desesperadamente en estos últimos días. ¿Qué os ha sucedido?

Alan hizo un somero relato del aterrizaje forzoso que habían tenido que realizar.

—A mí también intentaron interceptarme el paso esas barreras de aerolitos —respondió Roger—, pero pude zafarme fácilmente de ellas. Al parecer se disparan automáticamente y yo quedé un poco a la izquierda de las primeras andanadas. Eso me permitió remontarme. ¿Dónde estáis vosotros?

—No puedo decírtelo con exactitud. Sólo sé que estamos a unas ciento cincuenta o doscientas millas al Noreste de Moscú.

—No importa. Con ese dato tendremos suficiente. De todos modos dejad conectada la emisora y ello nos permitirá determinar vuestra posición con el auxilio de nuestros aparatos.

—Así lo haremos, Roger. ¿Vosotros dónde estáis ahora?

—En este momento comenzamos a atravesar el territorio ruso. Ahora ya es tarde para intentar rescataros. Frenaremos en esta vuelta y procuraremos aterrizar en la siguiente. Cuestión de un par de horas.

—De acuerdo. Os esperamos, Roger.

Alan cerró la comunicación oral y puso la señal permanente para que Roger pudiese calcular su posición exacta.

Una mirada de triunfo apareció en su rostro y Buck sonreía de oreja a oreja.

—¡Ya casi estamos en casa, muchachos! —exclamó alegremente.

—¡Es la realización de un bello sueño! —repuso Buck.

El único que no parecía participar de la general alegría era Bendy, el cual miraba con ojos desorbitados por el espanto a Ilina.

Alan se dio cuenta del detalle y se puso repentinamente serio.

—¡Qué te sucede, Bendy?—preguntó.

¿Ha dicho dos horas, Roger?

—Sí, dos horas—contestó Buck.

—¡Los depósitos de oxígeno de Ilina no tienen reservas más que para media hora escasa! ¡Acabo de mirar el indicador!

La noticia cayó como una bomba entre los dos hombres que acababan de escucharla.

—¿Podríamos adaptarle una de nuestras botellas, Buck?

—Eso es totalmente imposible, Alan —contestó el aludido—, El

sistema es diferente por completo y no habría modo humano de conseguirlo.

Aquella era la más terrible noticia que había escuchado Alan en los últimos tiempos, pues significaba la próxima muerte de Ilina.

Una terrible desesperación le invadió. Miró angustiosamente a Ilina y tropezó con los hermosos ojos de la joven, los cuales seguían mirando hacia un lejano punto del infinito cielo.

Fin del primer Tomo — Concluirá en el siguiente
«LA ULTIMA BATALLA»

INDICE

COLECCION

LUCHADORES DEL ESPACIO

TITULOS PUBLICADOS

21.—Trágico destino, *Alf. Regaldie.*
22.—Si los mundos chocan, *Alf. Regaldie.*
23.—Redención no contesta, *George H. White.*
24.—Mando siniestro, *George H. White.*
25.—División equis, *George H. White.*
26.—Robinsones cósmicos, *George H. White.*
27.—Muerte en la estratosfera, *George H. White.*
28.—Destructores de mundos, *Alf. Regaldie.*
29.—D-3, Base de monstruos, *Alf. Regaldie.*
30.—El Enigma de Acrón, *Alf. Regaldie.*
31.—Apocalipsis atómica, *Alf. Regaldie.*
32.—¡Ha muerto la Tierra!, *Joe Bennett.*
33.—Invasión nahumita, *George H. White.*
34.—Mares tenebrosos, *George H. White.*
35.—Contra el Imperio de Nahum, *George H. White.*
36.—La guerra verde, *George H. White.*
37.—Amenaza latente, *Larry Winters.*
38.—Los hombree de Noldim, *Larry Winters.*
39.—La nueva patria, *Larry Winters.*
40.—El hombre rojo de Tacom, *Walter Carrigan.*
41.—El reino de las sombras, *Walter Carrigan.*
42.—Las bases de Tarka, *Walter Carrigan.*
43.—El *Kipsedón* sucumbe, *Walter Carrigan.*
44.—Motín en Valera, *George H. White.*
45.—El enigma de los hombres planta, *George H White.*
46.—El azote de la humanidad, *George H. White.*
47.—La ruta de Marte, *Larry Winters.*
48.—Expedición al Eter, *Larry Winters.*
49.—Fugitivos en el Cosmos, *Larry Winters.*
50.—Avanzadilla a la Tierra, *Larry Winters.*
51.—Amor y muerte en el Sol, *Mike Gradson.*
52.—Fymo, nuevo Mundo, *Joe Bennett.*
53.—Tierra de enigmas, *Joe Bennett.*
54.—Asteroide maldito, *Joe Bennett.*
55.—Operación cefeida, *Profesor Hasley.*
56.—El Atom S-2, *George H. White.*
57.—El coloso en rebeldía, *George H. White.*
58.—La bestia capitula, *George H. White.*
59.—El Enigma Cósmico, *Profesor Hasley.*
60.—Extraño Visitante, *George H White.*
61.—Más allá del Sol, *George H. White.*
62.—Los hombres de Alfa, *Profesor Hasley.*
63.—Entropía, *Profesor Hasley.*
64.—Marte, el enigmático, *George H. White.*

65.—¡Atención... Platillos volantes!, *G. H. White*.
66.—Raza diabólica, *George H. White*.
67.—Un astro en el camino, *C. Aubrey Rice*.
68.—Intruso sideral, *Profesor Hasley*.
69.—Llegó de lejos, *George H. White*.
70.—Cuando el monstruo ríe, *Alf. Regaldie*.
71.—Heredó un mundo, *George H. White*.
72.—Desterrados en Venus, *George H. White*.
73.—La legión del Espacio, *George H. White*.
74.—Bolas Blancas de Yereblu, *C. Aubrey Rice*.
75.—La Ciudad Submarina, *Red Arthur*.
76.—Pánico en los espacios Siderales, *Karel Sterling*.
77.—El mundo sumergido, *Profesor Hasley*.
78.—Base Sakchent núm. 1, *Profesor Hasley*.
79.—Sosias infernales, *Karel Sterling*.
80.—Gan-X, *C. Aubrey Rice*.
81.—«Ellos» están aquí, *George H. White*.
82.—El enigma de C. O. E., *Profesor Hasley*.
83.—La gran amenaza, *Profesor Hasley*.
84.—Los mares vivientes de Venus, *Karel Sterling*.
85.—¡Piedad para la Tierra!, *George H. White*.
86.—Despertar en la tierra, *Larry Winters*.
87.—El mundo perdido, *Larry Winters*.
88.—La sinfonía cósmica, *Profesor Hasley*.
89.—El hombre de ayer, *Profesor Hasley*.
90.—Lance King: Pionero del tiempo, *Karel Sterling*.
91.—La muerte flota en el vacío, *C. Aubrey Rice*.
92.—Cuarta dimensión, *Profesor Hasley*.
93.—¡¡Luz sólida!!, *George H. White*.
94.—Hombres de Titanio, *George H. White*.
95.—¡Ha muerto el sol!, *George H. White*.
96.—Exilados de la Tierra, *George H. White*.
97.—El imperio milenario, *George H. White*.
98.—Topo-K, *Profesor Hasley*.
99.—El fin de la «Base Titán», *Profesor Hasley*.
100.—Pasaron de la Luna, *C. Aubrey Rice*.
101.—La amenaza tenebrosa, *J. Negri O'hara*.
102.—El gran fin, *J. Negri O'hara*.
103.—Intriga en el año 2.000, *Profesor Hasley*.
104.—El extraño Profesor Addington, *Prof. Hasley*
105.—Sin noticias de Urano, *C. Aubrey Rice*.
106.—Acción inaudita *C. Aubrey Rice*.
107.—El horror invisible, *Karel Sterling*.
108.—Más allá de Plutón, *Profesor Hasley*.
109.—La revancha de Zamok, *Profesor Hasley*.
110.—Situación desesperada, *C. Aubrey Rice*.
111.—El experimento del Lr. Kellman, *J. Negri O'hara*.
112.—Los habitantes del astro sintético, *Eduardo Teixeira*.
113.—Los muertos atacan, *Profesor Hasley*.

En la guerra futura, un país aniquilado aún no se podrá considerar fuera de combate.

LA ULTIMA BATALLA

debía lucharse cuando ya el enemigo había muerto. He ahí la original trama debida a la pluma magistral del

PROFESOR HASLEY

Un relato fantástico y alucinante y que, sin embargo, está lleno de un verismo estremecedor.

LA ULTIMA BATALLA

es la novela de la próxima guerra, en la cual el

PROFESOR HASLEY

nos da una emocionante anticipación de lo que puede ser la guerra del futuro, dentro del marco de la más absoluta posibilidad.

LA ULTIMA BATALLA

Una novela que se recordará mucho tiempo. Próximamente se publicará en la

COLECCION

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. *Precio:* **6** *pesetas.*

Distribuida en Argentina por FOLIA Maipú, 934, Bs. As. S4'59 m./a.